

«Libro a la gorra»

Este es un «libro a la gorra». Yo imprimo y facilito los ejemplares, con el deseo de que circulen entre los lectores.

El libro es un vehículo para mi obra. Si te gusta, podés apoyarla con una contribución voluntaria. Este sistema me permite publicar sin depender de la burocrática e incierta industria editorial.

Hay varias formas de realizar un pago:

- **Efectivo.**
- **Banco:** el alias es *jmguerrera1*
- **Paypal/Tarjeta:** [paypal.me/jmguerrera](https://www.paypal.me/jmguerrera)
- **Mercado Pago:** usando TRANSFERIR DINERO (alias *cruza.supo.cabeza.mp*), ENVIAR DINERO (jmguerrera@gmail.com) o el QR.
- **Binance:** *jmguerrera* o mediante el código QR que puede encontrarse en mi sitio web.

Si tenés otras ideas, contactame. Gracias :)

Entrada digna a los mares del Sur

Juan Manuel Guerrero

A quienes van a cruzar la rompiente.

Introducción

Es noviembre de 2022.

Casi no hay papel para imprimir libros en Argentina. Y el que hay tiene un costo exorbitante, con precios que crecen muy por encima de una inflación general que ronda el 100% y sigue en aumento. Importaciones frenadas, cepos, regulaciones, impuestos, inflación, etc. Demencial.

La economía argentina es un desastre, pero la educación no está mucho mejor.

El Estado es el máximo responsable del desquicio. Más que su intervención, lo que necesitamos es que no se meta más. “Gracias por tu ayuda, querido, hermosos resultados. Quizás va siendo hora de que te corras.”

Reflexiono. La mejor política cultural sería no tener una. Es preferible no tener al Leviatán¹ argentino metiendo mano en asuntos delicados. Ni en ningún otro, para ser honesto. Pero si no podemos volar tan alto, pensemos entonces en una política minimalista que garantice una educación general de calidad y una economía sana. Nada más. El resto es humo. O clientelismo.

Me pregunto cómo seguir adelante. Evoco las palabras de Roosevelt: “Haz lo que puedas, con lo que tengas, donde estés”.

Este es un libro de relatos breves. El octavo que escribo y publico. El onceavo si contamos los libros selección. Y el primero que sale impreso con papel hecho a partir de caña de azúcar. Menos blanco, menos costoso y, lo más importante, existente.

Además de ser “a la gorra”, el libro se publica bajo una licencia muy libre de *Creative Commons*. Esto quiere decir que todo el mundo puede imprimirlo, venderlo y hacer millones con él. De conseguir alguien esto último, agradeceré que me comparta los pormenores de la experiencia.

Cumplida la obligación de unas palabras introductorias, pasemos de una buena vez a los relatos.

Entrada digna a los mares del Sur²

Vivir es fácil. Viven las plantas, los animales y hasta los peores seres humanos. Lo difícil es hacerlo con dignidad. Exactamente lo mismo ocurre a la hora de entrar a los mares del Sur.

Los mares son silvestres, solitarios e inconmensurables. No están domesticados, viven en libertad. Son fríos hasta el punto del dolor. Como una gigantesca vela, se inflaman gracias a los vientos polares que los ceban sin pausa e, implacables, soplan, empujan, van, van y van. Transformadas sus aguas en una manta agitada, lanzan trenes de olas que no cesan jamás... lentas pero gigantescas, redondeadas pero explosivas, hermosas pero sin duda letales. Quienes carezcan de la imaginación suficiente, pueden pensar directamente en el Mar Argentino.

No es fácil entrar en los mares. Ya decididos, tendremos que enfrentarnos a sus advertencias, esa forma suave de llamar a las amenazas. Es comprensible que nos sintamos impresionados, intimidados y atemorizados, pero no que cedamos a esos sentimientos.

En cualquier enfrentamiento, las apariencias son el primer indicio de un desenlace. “De los que parecen, pocos son los que se escapan”, decía mi querida abuela vasca. La primera recomendación al momento de enfrentarnos a un animal salvaje, incluyendo a los hombres malvados, es no dejar que el miedo se nos escape, aunque en nuestro cuerpo el pavor golpee las paredes internas con desesperación. Los mares, ante todo, son un animal salvaje.

El primer estadio de las apariencias es la presencia. Ausentarnos es la más grande de las cobardías. Lo primero, entonces, es dar la cara, decir acá estoy. No hay excusas válidas para justificar un ausentismo, pero si un día somos débiles por favor no caigamos en las climáticas: hace frío, hay viento, hay lluvia, hay nieve, hay temporales, hay huracanes categoría seis. No, por favor, no lo hagamos. Tampoco en los dolores corporales: me duele la cabeza, tengo una contractura en la espalda, me tira el gemelo, estoy resfriado, tengo gastroenteritis. Ni caigamos mucho menos en la falta de accesorios: me olvidé las antiparras, los taponés para los oídos o el toallón

para secarme. Nada de esto importa a los mares. La mejor manera de enfrentarlos es desnudos, equipados únicamente con nuestra dignidad.

Al llegar a la playa, lo haremos con elegancia. De ningún modo nos abrazaremos el torso o esconderemos el cuello para protegernos del frío. Los ropajes claro que están permitidos, pero los preferiremos rústicos a modernos. Por ejemplo, escogeremos una piel en lugar de una campera para alpinismo europeo hecha de nuevos materiales. Si hemos cazado el animal de igual a igual, nos hemos alimentado de su carne con respeto y hemos confeccionado la pieza de abrigo con nuestras propias manos, mejor.

Acto seguido, avanzaremos con firmeza en dirección a los mares. Lo más probable es que no haya más nadie en la playa. Esto no debe sorprendernos. En el más recóndito de los fondos, siempre estaremos solos. Así de expuestos, sin dudas, el Cosmos estará posando sus ojos sobre nosotros. Y eso conllevará una gran responsabilidad.

El lugar de la playa elegido para establecernos será balanceado, la versión objetiva de la sabiduría. Ni muy lejos ni muy cerca de los mares. Demasiado lejos, podría denotar temor o enfrentarnos muy temprano con el indeseable arrepentimiento. Demasiado cerca, sus zarpazos húmedos podrían arrebatarnos los ropajes a nuestras espaldas, cuando ya estemos en el agua batallando. Ambos escenarios son indeseables.

Una vez establecidos en el lugar elegido, permaneceremos sentados o de pie, pero siempre mirando hacia los mares. No tardaremos ni mucho ni poco en entrar. No daremos lugar al temor en ninguna de sus manifestaciones, incluyendo la impaciencia. Aprovecharemos la estadía para contemplar la inmensidad de sus aguas, pero también la propia. Observaremos con beneplácito su hermosura, pero también la nuestra. Daremos cuenta de nuestra admiración, de nuestro respeto hacia sus eternas aguas ondulantes, pero también hacia nuestra independencia, hacia nuestra indestructible bravura tallada en piedra. Buscaremos establecer con su inmensidad una sana relación de adversarios, de titanes universales que circunstancialmente no tienen más remedio que enfrentarse.

Cuando hayamos decidido que es el momento de entrar, nos quitaremos los ropajes con parsimonia. Ya en cueros, estiraremos un poco los músculos y escogeremos uno de dos caminos. El primero, la *entrada adrenalínica*, consistirá en entrar corriendo a los mares. El segundo, la *entrada lenta*, se realizará paso a paso. Como en cualquier otra arista de la existencia, cada entrada tiene sus aspectos positivos y negativos.

La entrada adrenalínica es una corrida descontrolada hacia los mares. Podemos acompañarla con gritos desaforados, como los de una primera línea vikinga, con el válido objetivo de infundirnos coraje, acortar los tiempos del dolor o impresionar a nuestro adversario, en este caso inmutable. Dicho con menos palabras, buscaremos minimizar el sufrimiento. Si esto es mero pragmatismo o disfrazada flaqueza solo nosotros lo sabremos, cuando en ese momento o más tarde examinemos los rincones de nuestra alma.

A favor de esta entrada, tenemos la entrada en sí misma: existe, sucede, es parte inobjetable de la realidad y la modifica. Entramos un poco al voleo, como podemos, pero entramos. Aceptamos la existencia del dolor y, con humildad, la propia fragilidad ante este desagradable pero humano sentir. Reconocidas y abandonadas las causas, intentamos al menos atenuar las consecuencias, con las limitadas herramientas que tenemos a nuestro alcance, por más rudimentarias que sean.

En contra de esta entrada, admitimos de manera tácita la existencia de un miedo, tal vez injustificado, que nos condiciona y nos aleja de la plenitud. Es cierto que correr sin control abrevia el suplicio, pero también nos priva de una experiencia completa. Sentirse vivo no se reduce a suspirar ante un amanecer, sino que demanda levantarse temprano, afrontar el frío de la madrugada y sostener el sueño más tarde. Además, en esta dinámica vertiginosa nos exponemos a cometer errores, tal vez irreversibles. Nos arriesgamos a la caída, a morder la salada arena de la derrota.

Como todo accionar, la entrada adrenalínica puede hacerse mejor o peor. Lo que buscamos aquí, con este escrito, es hacerla mejor. Por eso hemos hablado de elegir bien la ubicación, para que la distancia a correr sea óptima. Comenzará con un trote liviano, pero se irá acelerando, hasta llegar a la orilla en el cénit de máxima velocidad. Si bien es válido gritar, incluyendo insultos y sonidos guturales, no debemos perder de vista que se trata de una acentuación de las debilidades que nos llevaron a correr en lugar de caminar. También podemos revolear la cabeza, levantar los brazos o golpear nos el pecho. Ya en contacto con el agua, daremos inicio a la etapa de las zancadas, al mejor estilo saltador olímpico. En nuestro caso, los saltos irán siempre hacia adelante, con todas nuestras fuerzas, sin dudar, sin aflojar, sin especular, aprovechando al máximo la inercia ganada. Las pisadas serán firmes, quebrarán con violencia la fina capa de agua escarchada. Los saltos serán enérgicos, como los de un gigante dientes de

sable. Una fotografía de nuestro salto en el aire reflejará todo el atletismo, la determinación y la audacia que un ser humano puede ofrecer. Cuando la altura del agua comience a ofrecer resistencia a nuestra corrida, será el momento de abandonar las piernas y saltar de cabeza hacia adelante. Nos zambulliremos hasta el fondo, nos aferraremos a la arena con las manos convertidas en garras y nos impulsaremos hacia adelante, volviendo a apoyar los pies para saltar una vez más y repetir la dinámica dos o tres veces, hasta alcanzar la cercanía de la rompiente. La técnica llama *delfín* a este movimiento, pero nosotros seremos cardumen de pirañas, tiburón blanco, orca asesina. Seremos filoso arpón.

A diferencia de la adrenalínica, la entrada lenta es una caminata serena hacia los mares, en silencio, exprimiendo y degustando cada uno de los sabores de la experiencia. ¿Podemos tener miedo? Por supuesto que sí, a esa sombra eterna jamás la derrotaremos del todo. Lo enfrentaremos, lo amansaremos o hasta lo someteremos por un tiempo, pero no más que eso.

Hasta alcanzar la orilla, la caminata no presentará mayores desafíos. El primer punto crítico llegará pronto. Cuando pisemos el agua congelada, no actuaremos como si pisáramos agua congelada. De ningún modo retiraremos el pie, ni enlenteceremos la marcha, ni diremos un quejoso “aaaaaah”, ni arrugaremos la cara, ni miraremos desconsolados al cielo. Por el contrario, pisaremos como si fuera un blando pan de pasto verde. Al avanzar, el panorama se volverá más complejo. El frío acuciante del agua nos irá tomando los tobillos, las pantorrillas, las rodillas, los muslos. El segundo punto crítico, especialmente para los hombres, sucederá cuando el agua invada los genitales. La situación será todavía más dramática si las aguas están infestadas de tapiocas, esas micro aguas vivas que incendian con ardor las zonas más sensibles del cuerpo. Nuestra impavidez será completa, como la de los mares, y seguiremos adelante. El frío nos tomará la cintura y el estómago. De ninguna manera, de ninguna, daremos saltitos. El siguiente punto crítico serán los brazos. De manera instintiva, a medida que avancemos, nuestro cuerpo levantará primero las manos y luego los codos. No, no nos permitiremos llevar los pequeños brazos arriba del pecho, flojos, colgantes, con los de un tiranosaurio. Los hundiremos con deliberación en el agua y, más todavía, los usaremos para remar y seguir avanzando. El último punto crítico será la cabeza. La hundiremos con orgullo antes de enfrentarnos a la ola o, sin más, la utilizaremos como un yunque para colisionar de frente con la ola.

Este momento de encuentro con las olas rompiendo es cuando los dos tipos de entrada convergen. Las olas son una sucesión de amenazas, impactos y adversidad. No solo pueden golpearnos con fuerza — y lo harán —, sino que también pueden arrastrarnos mar adentro, hacia la oscuridad y el ocaso. El enfrentamiento con ellas constituye el momento cúlmine de la entrada a los mares. Es el momento en el que el temor se pronuncia, pero también donde debe emerger la actitud para contrarrestarlo. En un plano diferente, aquí las entradas vuelven a divergir, dependiendo de si sabemos nadar o no.

Si no sabemos nadar, entonces es probable que nos gane el terror. Los mares la tendrán más fácil. No estaremos debidamente preparados para ir en busca de la gloria. Sin embargo, ahí estaremos, incólumes, y qué dudas hay de que eso es importante. En lo inmediato, optaremos por alguna de dos opciones: zambullirnos por debajo de la ola para no ser embestidos, volviendo rápidamente delante de la rompiente para no dejar de hacer pie, o directamente lanzarnos contra la ola, de frente, como unos malditos héroes. Es evidente que nuestra osadía será castigada con dureza, por las olas y por el piso. Nos faltará el aire, nos flaquearán los brazos, tendremos miedo de morir. Pero allí estaremos, resistiendo, enteros. Esto no es para nada recomendable, es tan solo inevitable si queremos seguir viviendo. Es por ello que, con miras al futuro, asumiremos el compromiso irrenunciable de aprender a nadar, para ampliar nuestro arsenal de recursos, para sentirnos más seguros, para tener con qué tomar más riesgos. En resumen, para ser más libres.

Si sabemos nadar, estaremos mejor preparados, pero es posible que también nos invadan los interrogantes, aunque sean infundados, más generados por nuestras propias inseguridades que por la objetividad de los mares. Una posibilidad será, como en el caso de quienes no saben nadar, zambullirnos para evitar el impacto de la ola, pero volver delante de la rompiente para hacer pie. Otra, la que nos exige nuestra capacidad natatoria y un destino de grandeza, será zambullirnos, sí, pero para cruzar la rompiente hacia el otro lado.

Filtradas las olas, se desplegará ante nosotros una inesperada tranquilidad. Habrá espacio, habrá paz y habrá tiempo. Encontraremos la satisfacción y a veces, inclusive, la felicidad. No es casualidad que este paraíso se encuentre enmascarado tras una agresiva barrera que parece infranqueable. Si es la primera o la última hora del día, nadaremos entre las

fulgurantes siluetas del sol que se imprimen en el agua. Si es mediodía, buscaremos la línea donde la arena ya no puede alcanzar la superficie y las aguas se vuelven transparentes. Allí podremos vernos con mayor claridad.

Cuando nuestro tiempo en los mares — mejor o peor — se haya agotado, encararemos la no menos importante tarea del regreso. Si lo pensamos con detenimiento, comprenderemos que no hay entrada sin salida. La salida es, en definitiva, una parte de la entrada, su tramo final. Y por lo tanto, la suerte de una está atada de manera irremediable a la otra.

Sepamos nadar o no, nuestros destinos volverán a encontrarse delante de la rompiente, al emprender la salida. En ese punto comenzaremos nuestro camino inverso hacia la playa. Ya en marcha, volveremos a lidiar con las olas que rompen y, en su propio regreso, quieren arrastrarnos. Esta fuerza absorbente será constante, pero además será poderosa si el viento la alimenta. Mientras los mares nos hachan por lo bajo, también nos estarán golpeando por arriba, con su interminable sucesión de *uppercuts* invertidos. Es por esta razón que nunca le ofreceremos nuestra espalda durante la salida, no, jamás regalaremos esa facilidad, como no lo hicimos al entrar y como tampoco lo haríamos con un boxeador traicionero.

Es posible que quienes ejecutaron una entrada adrenalínica sean propensos a practicar su reverso, la *salida adrenalínica*. Hablamos en esencia de barrenar la ola y, con suerte, entrar en resonancia con ella para acelerar la salida. Un recurso tal vez infantil pero, sin dudas, cargado de emociones fuertes. En el mejor de los casos, lograremos aligerar la salida. En el peor, quedaremos con la columna partida, postrados para siempre.

Pisar la arena seca se sentirá como una milagrosa bendición. Los mares, la entrada y su salida habrán quedado atrás. Eso no significará abandonar nuestro orgullo. No temblaremos, no nos acomodaremos la malla, no mostraremos signos de agotamiento, no dejaremos ver que la mitad de nuestro cuerpo está acalambrado. Ya de frente, realizaremos nuestra última caminata proyectando merecida confianza.

Una vez que estemos allí, tomaremos un toallón. Nos permitiremos quedar envueltos en su tibia y suave sequedad. En ese momento, con la mayor humildad, volveremos a mirar la grandeza de los mares. Con respeto y aceptación, nos permitiremos sonreír. Y así, habiendo hecho todo lo que estaba a nuestro alcance, diremos adiós.

Nace un fuego dentro de mí

“Estar en lo cierto no me previno de desembocar en la locura. Por el contrario, me condujo a ella.”

Peter Epr, al evocar sus fatídicos atracones de certidumbre.

Recuerdo la niñez como una llanura fértil, extensa y tranquila. Hay silencio y quietud. Solo un suave viento, de a ratos, rompe la fotografía. El pasto es verde y el cielo es azul. De la temperatura, solo sé que es ideal porque no tengo ni frío ni calor. Las horas pasan, el paisaje permanece inalterado. Estoy sentado en el piso. Se ve bien, se siente bien y huele bien. Puedo ver el horizonte en todas las direcciones. El sol va cambiando de posición, pero no hay sombras que lo reflejen, únicamente la mía. De vez en cuando, la miro. No pasa nada. Mi mundo está bien. Me siento en paz.

La sensación de tranquilidad se extiende a todos los aspectos de mi vida infantil. El lento transcurso del tiempo, los juegos en la playa, la compañía de mis padres. No hay preocupaciones, ni peligros. No hay peleas por sobrevivir, ni por defenderse, ni por avanzar. No hay escuela, ni trabajo, ni gobiernos. No hay pasado, ni futuro. No hay culpas, ni errores. No hay traiciones, ni orgullo. La muerte no existe.

El mundo de la alimentación no es la excepción. La comida es solo la comida. Una porción de presente que vuelve cada cuatro u ocho horas. No sé qué comí, ni qué voy a comer. Cuando el plato se presenta ante mí, lo como. No hay cuestionamientos, ni riesgos. No hay expectativas, ni frustraciones. No hay condimentos, ni faltantes. No hay malestares, ni físicos, ni sociales. No tengo que comprar la comida, ni hacer cuentas, ni estudiar composiciones, ni prepararla, ni servirla, ni comentarla después. Me como — y muchas veces disfruto — el plato de comida y punto.

Llega la adolescencia y la vida cambia. Se complejiza. Es como si arrancara, como si un pie invisible pisara el acelerador hasta llevarla al punto del vértigo. A medida que me hago más consciente de mí mismo y de lo que me rodea, los interrogantes se multiplican. Cada vez más aspectos tienen matices, alternativas, reverses. Me vuelvo más insatisfecho, inestable y calculador. El conflicto llega para quedarse.

No recuerdo si primero vienen los problemas digestivos o mis cambios de alimentación. La comida me preocupa cada vez más, por una creciente variedad de temas. Necesito saber más sobre ella. De dónde viene, qué pasa cuando entra a mi cuerpo y cuáles son las consecuencias. Me pregunto por qué como lo que como y, en base a mis respuestas, me pregunto si quiero seguir haciéndolo.

Conecto mi alimentación actual con el pasado, con mis padres, con mis abuelos y con el resto de mis antepasados. Ese árbol me conduce a mi cultura y su historia. De algún modo, soy una pequeña gota de agua en un gran río, enorme, que viene desde cumbres desconocidas. Es tan poco lo que sabía y podía hacer hasta ahora.

No resulta difícil darme cuenta de que, hasta la adolescencia, había llevado una alimentación típica de clase media porteña (de ese entonces). Mucha carne, mucha harina y mucho azúcar. Poca fruta, poca verdura y poca legumbre. Mucha cantidad y poca variedad. Según los juicios que van ganando lugar en mi comprensión, una catástrofe.

Cuánto más sé, más me incomodo. De repente, ya no solo me intereso por la comida en sí misma, sino también sobre las cadenas de producción que la generan. De un día para otro, necesito conocer el origen primario de los alimentos. Quiero saber dónde estaba el alimento, en qué condiciones, manipulado por quién y cómo. Quiero saber cómo fue plantado o criado, con qué métodos, con qué agregados. Quiero saber cómo fue procesado de punta a punta, qué cosas le fueron agregadas y cómo fue transportado. Quiero saber sobre las condiciones de todos los elementos que entraron en contacto con él. Quiero saber los pormenores de las personas que intervinieron en el proceso.

Pero eso no es todo. También descubro las perversidades de la publicidad, del etiquetado y del marketing en general. Las preocupaciones son tantas que necesito volver a enfocarme en el alimento para que no me colapse la cabeza.

La conclusión es clara: necesito moverme con urgencia hacia los alimentos frescos. No más gaseosas, ni golosinas, ni papitas, ni ninguna de las adicciones que se compran empaquetadas en un supermercado. Como una primera mejora, decido que mi alimentación pase a basarse en todo lo que proviene de la verdulería y la carnicería. Así lo hago y diría que lo logro. Es objetivo afirmar que mi alimentación mejora. Sin embargo, ni mis problemas gástricos ni mi intranquilidad desaparecen.

El origen de mis problemas gástricos lo desconozco. No así el de mi intranquilidad. La educación alimenticia me lleva a enfrentar el drama de la explotación humana, animal y ambiental.

Me conmueve en especial la explotación animal. A medida que me atraganto con documentales sobre el tema, llego a la conclusión de que es hora de dejar las carnes. Lo hago. No más carnes rojas, ni de las otras, aunque me demoro un poco más en dejar el pescado. Adiós al asado, al bife, a la bondiola, a los fiambres, al pollo, al atún y a todo lo que se le parezca. Adiós a la carnicería. Después de años comiendo carne, el cuerpo acusa recibo del volantazo. Siento hambre. Está bien, no puede ser inocuo un cambio de alimentación tan importante. No importa, me convenzo de que con el tiempo conseguiré balancearlo con una mayor proporción de quesos, huevos y legumbres, además de otros superalimentos.

Libre de carnes, la verdulería se convierte en mi refugio alimenticio. Esta nueva realidad también me presenta inconvenientes. Por un lado, sé que los vegetales y las frutas de las verdulerías están contaminadas. Agrotóxicos. Este obstáculo lo resuelvo con cierta facilidad: encargo bolsones de verdura — en teoría — orgánica que retiro cada semana en un lugar cercano a mi casa. Por otro lado, me doy cuenta de que casi la totalidad de mi dieta se reduce a ese bolsón más algunos complementos de la verdulería. Es decir, todavía se limita a unas pocas decenas de alimentos. Necesito ampliar la variedad de mi alimentación, a fin de cubrir todas las necesidades de mi cuerpo.

Así es cómo las *dietéticas* ganan un lugar central en mi vida, hasta convertirse en una especie de segundo hogar. Allí puedo conseguir frutos secos, cereales, legumbres, semillas, especias, mermeladas. Alimentos que proporcionan nutrientes esenciales. Más específicamente, descubro con fascinación el poder de alimentos como nueces, miel, canela, cacao, almendras, sal yodada, setas, lentejas, pistacho, membrillo, maní, cuajada, pan de masa madre y tantas otras cosas. Indagando los rincones de las estanterías, más incansables búsquedas en Internet, descubro alimentos con increíbles propiedades.

Los dueños de las dietéticas emanan una pasión sorprendente. También muchos de los clientes que las frecuentan. Cada vez que entro a los locales, estas personas se interesan en mi caso y me comparten información de suma utilidad. Es una verdadera comunidad. Siempre tienen una nueva receta para sugerirme. A medida que ganan confianza, hablan

más y más. Se me acercan, suben la voz y abren cada vez más los ojos. Yo los admiro y valoro. Gracias a su generosidad informativa, descubro alimentos como bayas de Goyi, ghee, sámbar, chapati, dal, haritaki, amala. Varios de ellos, ideales para no desarmonizar los *doshas*.

Mi interés por los nuevos alimentos crece. Como en casi todo los campos del saber, cuánto más conocimiento incorporo mayor es la sensación de ignorancia. Sucede que cada nuevo alimento es en verdad una familia de alimentos, cuyos miembros tienen decenas de otros familiares, cientos de usos y miles de combinaciones.

Agobiado por tanta información, comienzo a frecuentar nutricionistas. A decir verdad, no todos lo son. Algunos no son médicos, sino una suerte de consejeros alimenticios. A nivel de conjunto, no me aportan la claridad que esperaba. Sus criterios me resultan dispares en exceso. Algunos me hablan de clasificar los alimentos en “nafta” y “ladrillos”, pero me olvido muy rápido de cuál era la diferencia. Otros me recomiendan *licuados del arcoiris*, confeccionados a partir de una tabla que combina diferentes tipos de alimentos como algarroba o cardamomo. Otros, me recomiendan incorporar *gomasio*, un condimento japonés hecho a base de sésamo y sal marina. Así, sin un criterio uniforme, desfilan ante mí el agua enzimática, el pudín de chía, el paté de aduki, el porridge de cous-cous, los bollos de tofu y muchas otras particularidades.

Profesionales o no, algunos de esos asesores disidentes me dicen que estoy un poco “obse” y que debería “bajar un cambio”. Me dicen que “afloje un poquito” y vuelva a comer “más o menos normal”. Algunos no se basan en nada. Otros exploran teorías sobre la capacidad de adaptación del cuerpo, tanto históricas (“los italianos han optimizado su dieta durante siglos”) como personales (“tu cuerpo se ha adaptado a tu dieta semi-italiana durante toda tu vida”). Decido descartarlos, por retrógrados y conservadores.

Algo sí es claro. La lógica del vegetarianismo me conduce, de manera irremediable, al veganismo. Después de todo, el asesinato de los animales es tan solo el último eslabón de una vida sometida a la tortura. Pensémoslo un minuto. Animales que son explotados y abusados para obtener leche, miel, huevos y muchos otros alimentos. Así es como le digo adiós a esos alimentos y sus derivados. Lo siento, querido y amado queso. Por suerte, no tardo en acostumbrarme al queso vegano, hecho a base de tofu, soja y frutos secos.

Vuelvo a sentir la sensación de hambre, pero no es grave. Solo es cuestión de solucionarlo, como siempre, con un nuevo esquema de alimentos combinados. Ahora, por suerte, dispongo de una hoja de cálculo con un listado de alimentos que hasta hace poco ni siquiera sabía que existían. Me llevó meses diseñarla. A partir del detalle numérico de cantidades, calorías, grasas, carbohidratos, proteínas, lípidos, etc. — lo básico, digamos — puedo saber cómo reemplazar cada uno de los alimentos que dejo de consumir. Como no todo es funcionalidad en la vida, la planilla también detalla los sabores básicos: dulce, amargo, salado, ácido y el no tan conocido *umami*. De más está decir que el pueblo italiano — mis ancestros — jamás lo entendería.

Lo que más me sorprende es que, a pesar de la precisión de mis números, no puedo terminar de solucionar mis contratiempos alimenticios. Tampoco es que persistan, sino que van mutando. Para cada alivio surge un nuevo malestar. Este tetris indescifrable desencadena una espiral descendente y viciosa de ajustes que nunca desembocan en respuestas definitivas.

Llega un momento en que agoto los alimentos disponibles en mi ciudad y en mi país. Antes pensaba que eran muchísimos. Me había creído la historia de que la Argentina era el granero del mundo, de que si existían afortunados que contaban con todos los alimentos esos éramos nosotros. En el mejor de los casos, se trataba de un error. Solo teníamos, y tenemos, mucho de poco. Por eso no puedo adherirme a la corriente filosófica que plantea la sabiduría de nutrirse con los alimentos de estación del propio entorno.

Los alimentos que me faltan están en el exterior. Suelo imaginar que me están esperando, ocultos en algún país remoto, con la ilusión de que los encuentre. A medida que avanzo en ese juego de escondida alimentaria, se me revelan gran cantidad de nuevas posibilidades. Me entero de la existencia del *adoyi*, un noble fruto que ayuda a compensar de manera natural el PH de otros alimentos esenciales de mi dieta, como la manzana o el limón. A veces puede generar una ligera sensación de decaimiento, pero por suerte también descubro la *baniolica*, fuente de energía inmediata aún más eficiente que las bananas o las pasas. El lado negativo es que, como las legumbres en general, puede producir gases. Para paliar esa indeseable consecuencia, podría recurrir al *módrón*, una hierba más eficaz que el jengibre, el hinojo o la manzanilla, cuya utilización para ese fin ya era

conocida por nuestros ancestros etiopíes hace miles de años; también creían que, junto a la *pelania* y los dátiles, permitía incrementar la fertilidad. En fin, son decenas los alimentos que despiertan mi interés. Además de los mencionados, me parecen también destacables el *imaro*, la *adrila*, el *taliopo*, el *zámar*, la *brisela*, el *hemeret* y el *maye*.

Estos alimentos son fabulosos, pero también bastante inaccesibles. Algunos solo se encuentran en remotos rincones del planeta. Como no esperaba otra cosa, no me desespero ni me quejo. Intento ver el lado positivo. Al menos, sé que existen y que puedo conseguirlos. En otra época o en otras circunstancias, estarían fuera de mi alcance. Por eso, para ser consecuente con mi optimismo, avanzo en la decisión general de comprarlos.

Debo admitir que me preocupa el impacto ambiental de traer estos productos desde lugares tan lejanos. Me refiero a la contaminación que genera el transporte, a las grandes cantidades de combustible utilizadas. Esto es preocupante sobre todo en el caso de los aviones que, debido a las cantidades relativamente pequeñas de mi pedido, será el medio de transporte utilizado. Por supuesto, me cuestiono. ¿Es necesario que haga estos encargos? ¿Soy una persona demasiado egoísta? Luego de largos argumentos autodirigidos, me convengo de que el resultado neto de la operación es positivo, tanto para el ambiente como para mí. Vale la pena, entonces, hacer el intento.

Los precios son altísimos, pero estoy convencido de que más importante es mi alimentación y mi salud. Compro en cantidades importantes, para que me dure y para optimizar el tema del transporte (que todavía me sigue torturando). Mi economía personal se ve muy resentida. No es barato alimentarse bien. En mi caso personal, soluciono el desafío presupuestario trabajando horas extra.

Las semanas que siguen no me ponen frente a los grandes resultados alimenticios que había imaginado. En cambio, me veo afectado por algunos extraños dolores de estómago, diferentes a los habituales. No sé si atribuirlo a un efecto adverso de los nuevos alimentos o al estrés del trabajo adicional. Llegan nuevas ansiedades. A medida que pasan las semanas, crece mi inquietud (algunos amigos la llaman angustia) por encontrar una solución y comienzo a dormir peor. Durante el día me caigo de sueño. A pesar de la adversidad, sostengo el nuevo esquema. Hice un gran esfuerzo para conseguir los nuevos alimentos y las horas de trabajo extra, así que no

puedo dar marcha atrás ante el primer inconveniente. Solo es cuestión de tiempo, de acostumbrarme, de crear un nuevo hábito. O, en el peor de los casos, de realizar nuevos ajustes.

Las semanas pasan y la situación no mejora. No tengo más remedio que huir hacia adelante. Decido ir a fondo y jugar sin más las cartas que me quedan. A los platos que ya venía preparando les agrego, lisa y llanamente, todo el *retorcimiento* que tengo en mis alacenas. En esa misma línea de acción, incorporo los infalibles condimentos de *inoloración, inodoración e insipidez*. Si no fuera por el toque personal de *padecimiento*, mis platos sabrían a agua, el alimento más perfecto de todos. Para evitar el riesgo de quedarme corto otra vez, agrego generosas dosis de *palidez, contrición y disgusto*. Preparo entradas *dolientes*, platos principales *convalecientes* y postres *compungidos*. Mi sopa de *infinita tristeza* alcanza un nivel espectacular.

Con pesar, corroboro que no hay tregua ni resultados. Lo digo sin eufemismos: no sé qué hacer, a quién acudir, en cuál dirección caminar. Me siento muy mal. Deseo gritar y romper todo. Me invaden las ganas de llorar y lloro. Miro al cielo e imploro por ayuda. “Tírame una soga, Universo, tírame una soga que me muero”.

No sé si es el Universo, el destino o la madre naturaleza pero, de repente, nace un fuego dentro mí. Es una llama que interpreto como la rebelión última, desesperada, de mi instinto de supervivencia. Un desconocido baño de luz cae sobre mí y me envuelve. De pronto, me siento liviano, resplandeciente, brillante. Exudo inspiración. Levanto la cabeza y compruebo que puedo ver más lejos, muy lejos, llego a ver hasta donde nunca. El horizonte abierto me parece enorme, hermoso y emocionante. Vuelvo a experimentar la extensión y la tranquilidad de la niñez, sensaciones que creía perdidas para siempre. Con un poco más de confianza, podría despegarme del suelo y volar hacia esa nueva inmensidad.

Grandes deseos, metas y planes emergen con impetuosidad, como nuevas montañas hijas de un terremoto que sin embargo, en mí, es apacible y silencioso. Hacia ese flamante, denso y potente centro de gravedad se traslada la totalidad de mi ser. El panorama se sigue ensanchando, la perspectiva se estira, mi propio cuerpo se descubre con una nueva frescura. Me permito pensar en grande. Los esquemas estallan y las prioridades se reordenan sólidas, firmes, tal vez por primera vez en mi vida adulta. Tanto hay para hacer, tan nítido puedo verlo. Por ocupación o por distracción, los

dolores gástricos desaparecen, sin más, como si nunca hubieran existido. La alimentación se alinea, dócil y suplementaria, detrás de la locomotora imparable que ahora son mis sueños. Incorporo en mi dieta el *propósito*, la *trascendencia*, los *significados*. El nuevo plato favorito de mi repertorio culinario, milanesas de *deseo* con ensalada de *ilusiones*, simplemente descolla.

Breve modelo para aprender cualquier cosa, inclusive a vivir

“No existen más que dos reglas para escribir: tener algo que decir y decirlo.”
Oscar Wilde.

El título suena pretencioso. Lo es. A través de este escrito, me propongo compartir con ustedes nada más ni nada menos que lo allí prometido. Para alcanzar semejante revelación, me he servido de los conceptos ingenieriles de modelización y generalización. Y debo admitir que he tenido que forzarlos hasta límites controversiales, por no decir prohibidos, con un único y noble objetivo: alcanzar una verdad.

Durante mucho tiempo, tomé clases de tango. Lo hice en diferentes etapas de mi vida (por lo general cortas), con diferentes parejas de baile y profesores. La única constante del proceso fueron mis limitaciones naturales. Mentales, sobre todo. De muy poco me sirvió repetirme una y otra vez que en el pasado había sido un futbolista de cierto talento.

Pero eso no era todo. Además del cuerpo entumecido, sentía en mi interior que otras aristas del proceso de aprendizaje tampoco andaban bien. No pude llegar a conclusiones categóricas, pero sí a identificar algunos síntomas visibles. A través de ellos, de esos pequeños miradores, logré asomarme hacia las profundidades del problema fundamental.

La primera observación fue que, durante mucho tiempo, el tango me había parecido un mundo misterioso e inabarcable. Sin contornos, ni reglas, ni agarres. Era una expresión artística etérea que estaba fuera de mi entendimiento y alcance. Me sentía como un balsero a la deriva en la enormidad del océano.

Debido a eso, sentía también que el proceso de aprendizaje se asemejaba demasiado a una lotería. Tomaba clases con profesores aleatorios que había encontrado más por casualidad que por elección. Ya en las clases, las propuestas de los profesores no eran más que chispazos circunstanciales

de un fuego oculto. Me resultaba inevitable concluir que las clases dependían de las meras ocurrencias del profesor, de lo ajustado de su agenda o de la fragilidad de su ánimo. No había una justificación, ni una línea que uniera una clase con las anteriores ni con las siguientes. Tampoco había contexto. Qué había, si es que había algo, era un enigma.

Para acentuar la desorientación, las clases eran grupales y los grupos variables. Cualquier posible avance realizado en una clase parecía desvanecerse al comenzar la siguiente, junto a la memoria de los alumnos y los profesores. Todo era un volver a comenzar. En resumen, me sentía encerrado en una enciclopedia donde, cada semana, las palabras se reordenaban al azar por completo.

Yo no culpaba a los profesores por ello. Ni antes, ni ahora. De hecho, en aquel momento ni siquiera era consciente de lo que pasaba. Ahora puedo comprender la complejidad del desafío y las limitaciones de los profesores, que tal vez no tenían una formación profesional. Alguna vez, yo también fui profesor (de computación) sin tener una.

Todavía perdido en la tierra del tango, sin mapas ni brújulas, tuve la suerte de (o la persistencia como para llegar a) descubrir una escuela de tango muy especial. Tenía fundadores y referentes. Tenía libros, sistemas y vocabulario. Tenía una filosofía, una idea y un plan concreto de trabajo compuesto por variadas clases temáticas. En resumen, tenía un marco bastante definido en el cual se desarrollaba el aprendizaje. Uno podía compartirlo o no, pero allí estaba con sus fundamentos.

La diferencia con el enfoque de los “profesores sueltos” era abismal. La escuela ofrecía un marco conceptual. Una visión. Gracias a ello, el tango dejaba de ser un universo críptico y se convertía en una disciplina (por supuesto, como anexo a ser una expresión artística) que podía ser abordada con cierta previsibilidad. Eso implicaba poder visualizar un camino a recorrer. Uno podía recorrerlo o no, pero al menos sabía adónde llevaba. No es lo mismo que a uno lo dejen parado en medio de Rusia sin ningún tipo de información que, en cambio, le hagan un resumen de qué es Rusia, le den un mapa y le den unas indicaciones generales sobre cómo llegar a Moscú.

Comprendí de inmediato que la escuela era el lugar que necesitaba. Me sumé y pasé allí un tiempo considerable. Durante el proceso, logré progresar de una manera mucho más clara y consistente.

Las experiencias de la vida tienen una inevitable naturaleza cíclica. Y está bien que así sea. Debido a ello, mi aprendizaje en la escuela también

llegó a un punto de agotamiento. Me costó aceptar que ese ciclo había terminado y también me costó comprender cómo debía continuar. Para abordar ambas cuestiones, me retiré a los sótanos de la reflexión.

Me pregunté por qué ya no podía progresar en la escuela, quién era el responsable — el responsable siempre es uno — y si había alguna forma de reencauzar el proceso sin abandonarla. Repasé fortalezas y debilidades del camino que había recorrido hasta entonces. Y también cómo lo haría yo si tuviera que enseñar tango a otras personas.

Me detuve con particular atención en el marco de la escuela. Su mera existencia ya representaba una enorme ventaja. Sin embargo, llegué a la conclusión de que el marco (al menos para un caso como el mío) podía reforzarse al menos en dos aspectos. Primero, podía ser más explícito, sin necesidad de que uno tuviera que inferirlo a partir de la experiencia de aprendizaje. Segundo, podía ser explicitado mediante alguna clase de resumen, de modo que esa primera versión del marco pudiera ser comprendida con rapidez por el alumno.

Desde mi punto de vista, la solución consistía en el Modelo, mi gran promesa del comienzo. Se trataba de incorporar una breve interfaz adicional que se ubicara entre el alumno y el marco completo de la escuela. Como ya dije, el objetivo consistía en explicitar el marco de aprendizaje y hacerlo de una forma sencilla.

El Modelo era una herramienta útil en sí misma. Podía usarse como interfaz con el marco de esta escuela o de cualquier otra escuela. Pero además podía utilizarse solo, es decir, podía ser utilizado por todos aquellos que no tuvieran un marco de aprendizaje, como en el caso de los “profesores sueltos”.

Para explicar el Modelo, pensé en la metáfora del ser humano. Entonces:

El aprendizaje del tango se compone de dos grandes áreas. El alma y el cuerpo.

El alma es el conjunto de definiciones personalísimas que guían el proceso de aprendizaje del tango: misión, obsesiones, estilo, ideas propias, objetivos, etc. El alma es responsabilidad del alumno.

El cuerpo es la amalgama de los diferentes músculos (temas) del tango: musicalidad, improvisación, conexión, técnica, figuras, filosofía, etc. A su vez, cada músculo está compuesto por tejidos básicos (herramientas):

clases, prácticas, planes, cursos, libros, etc. El cuerpo es responsabilidad del profesor.

El Modelo es lo primero que un profesor le dice a un alumno nuevo. Puede acompañar la explicación con un dibujo. Por ejemplo, un círculo grande partido en dos: alma y cuerpo. El medio-círculo del cuerpo, a su vez, estaría partido en varios músculos (temas), como si fueran porciones de pizza. Idealmente, el Modelo dibujado es entregado al alumno en una hoja.

El objetivo es que el alumno logre visualizar el tango como algo asequible, a su alcance, y no como un huracán amenazante que terminará por devorarlo. Esa es la utilidad de los modelos: transformar un conocimiento complejo, difícil de comprender, en otro claro, definido y alcanzable.

Volvamos a los detalles del Modelo.

El alma determina el cuerpo, es decir, los músculos a trabajar. Sería deseable que el alumno definiera qué es lo que quiere lograr con el tango y, en función de eso, que el profesor (siempre hay un profesor, aunque sea uno mismo) propusiera los temas a trabajar.

A menudo, el alma es poco tenida en cuenta. Hay un bajo nivel de personalización en el proceso de aprendizaje. Los temas son provistos a todos por igual. Es cierto que muchas veces ni siquiera el alumno sabe lo que quiere. La guía del profesor es una de las herramientas que debería ayudarlo a definirlo.

En mi caso, yo mismo no supe durante largo tiempo cuál era el alma de mi proceso. Tampoco sentía que los profesores me guiaran en esa comprensión. Yo aprendía a la deriva, a merced de los vientos, como un globo de helio (pinchado) dando vueltas en el bajo cielo. Solo después de aclarar estas ideas pude comprender qué quería hacer, por qué y cómo lograrlo. Por ejemplo, lo que yo deseaba lograr con el tango era “un baile placentero”, algo que para mí significaba “un baile cómodo, calmo y bonito”. En función de ese deseo era que mi profesor podía elegir con cierto criterio los temas a trabajar. Entonces, era más importante trabajar en la conexión, la musicalidad y la improvisación que en la técnica detallada, las figuras o el escenario, más allá de que todo pudiera sumar al proceso.

Con alma y cuerpo explicitados, el Modelo queda definido de una manera muy sencilla. El alumno y el profesor pueden mirar hacia adelante y tener una idea del camino a recorrer. El tango deja de ser una llanura abierta, idéntica en todas las direcciones, para convertirse en una autopista

cuyos carriles solo se pierden en el horizonte. La distracción y hasta el extravío también son posibles, claro, pero siempre es posible regresar al camino principal.

Por supuesto, alma y cuerpo pueden ser redefinidos todas las veces que sea necesario. Resulta natural que a medida que avancemos en el proceso, con nuevos conocimientos, experiencias y reflexiones a cuestas, nos replanteemos el alma del proceso y, como consecuencia, también el cuerpo.

Así era mi Modelo para aprender tango.

Incapacitado para disfrutar de un estado prolongado de sosiego mental, de reposo, de tranquila felicidad, me pregunté si no sería posible extrapolar estas ideas a otros procesos de aprendizaje. Pensé, por ejemplo, en la escritura. El Modelo quedaba así:

El aprendizaje de la escritura se compone de dos grandes áreas. El alma y el cuerpo.

El alma es el conjunto de definiciones personalísimas que guían el proceso de aprendizaje de la escritura: misión, obsesiones, estilo, ideas propias, objetivos, etc. El alma es responsabilidad del alumno.

El cuerpo es la amalgama de los diferentes músculos (temas) de la escritura: narrativa, poesía, dramaturgia, literatura, filosofía, edición, publicación, etc. A su vez, cada músculo está compuesto por tejidos básicos (herramientas): clases, prácticas, planes, cursos, libros, etc. El cuerpo es responsabilidad del profesor.

Sí, el Modelo funcionaba también para la escritura. De hecho, me resultaba muy consistente con las palabras que Oscar Wilde había utilizado para resumir su concepción de la escritura. Para él, no existían más que dos reglas para escribir: tener algo que decir (qué, el alma) y decirlo (cómo, el cuerpo).

El paso siguiente, generalizar el Modelo a todos los aprendizajes, era trivial.

El aprendizaje se compone de dos grandes áreas. El alma y el cuerpo. El alma es el conjunto de definiciones personalísimas que guían el proceso de aprendizaje: misión, obsesiones, estilo, ideas propias, objetivos, etc. El alma es responsabilidad del alumno.

El cuerpo es la amalgama de los diferentes músculos (temas): aristas que permiten abordar el campo de aprendizaje. A su vez, cada músculo está

compuesto por tejidos básicos (herramientas): clases, prácticas, planes, cursos, libros, etc. El cuerpo es responsabilidad del profesor.

Para el tango, la escritura o cualquier otra cosa, la base del Modelo era siempre la misma. Pero todavía había más preguntas por plantear, como siempre que uno lleva dentro la incapacidad de disfrutar los días en paz. ¿Es posible aprender a vivir? La respuesta es sí, siempre sí, porque si a algo no podemos resignarnos es a vivir mal o a no saber cómo hacerlo. Y entonces, ¿cómo sería el Modelo para aprender a vivir? Veamos:

El aprendizaje de vivir se compone de dos grandes áreas. El alma y el cuerpo.

El alma es el conjunto de definiciones personalísimas que guían el proceso de aprendizaje de vivir: misión, obsesiones, estilo, ideas propias, objetivos, etc. El alma es responsabilidad del alumno.

El cuerpo es la amalgama de los diferentes músculos (temas) de vivir: relaciones, educación, salud, arte, trabajo, etc. A su vez, cada músculo está compuesto por tejidos básicos (herramientas): clases, prácticas, planes, cursos, libros, etc. El cuerpo es responsabilidad del profesor.

En todos los casos, pero en especial cuando hablamos de vivir, la figura del profesor debe estar despersonalizada. Los profesores pueden ser uno o varios, pueden (y deberían) ir cambiando con el tiempo y, en muchos momentos, somos nosotros mismos. La figura del alumno, en cambio, no admite despersonalizaciones: solo a nosotros nos pertenece.

Hasta aquí llegamos con el desarrollo del Modelo. Como puede apreciarse, el Modelo es breve, este escrito sobre el Modelo es breve y, en definitiva, la verdad es breve.

Sin dudas, debe haber muchos indignados. ¿Quién es este sujeto que pretende dar cátedra sobre los procesos de aprendizaje? ¿De dónde ha salido? ¿Con qué derecho opina sobre la vida y sobre la verdad? Por suerte, para estas preguntas también hay respuestas. En primer lugar, soy ingeniero (y encima de Buenos Aires), eso significa que me atribuyo el conocimiento y la autoridad para sentar posición sobre todos los temas habidos, habientes y por haber, en especial si logro conectarlos con la idea de proceso. Por otro lado soy escritor, es decir, soy inimputable. Al final, todo es literatura.

¡Feliz denuncia penal!

No fue fácil recibir la noticia. Mi familia había decidido excluirme de la cena navideña de 2021 por no estar vacunado contra el Covid. La decisión no había surgido del éter cósmico, sino que tenía su adecuado marco social. Los mismos «expertos» que nos habían prometido que el virus no llegaría a este rincón del mundo, que no hacer ejercicio al aire libre nos protegería del virus y que la cuarentena duraría unas pocas semanas, ahora recomendaban no juntarse en las fiestas con personas no vacunadas, al tiempo que impulsaban la implementación de un «pase sanitario» para una creciente cantidad de actividades.

La encargada de hacerme llegar la mala nueva fue mi madre. Por cierto, una digna representante de los ciudadanos de la República Unitaria de Mosquera, nuestra querida patria. La primera conversación con ella fue telefónica y breve. El cruce de Navidad y Covid era un tema delicado (para ella y para el resto de mi familia), así que acordamos conversarlo cara a cara, esa misma tarde, en la plaza de nuestro barrio.

Desde el comienzo de la pandemia, mi madre no había vuelto a admitirme en su casa. Para mi corazón también era mi casa, pues yo había vivido allí mi infancia y mi adolescencia. Durante casi un año, por las restricciones oficiales primero y por decisión de ella después, no había podido ver a mi madre. Dos años después, todavía seguía sin poder abrazarla. A pesar de haberse aplicado la «vacunación completa», mi madre no se sentía segura.

El caso de mi padre era todavía más dramático. Había muerto por Covid a comienzos del año, cuando las vacunas ya debían haber estado disponibles para los grupos de riesgo. A decir verdad, había muerto por fumar durante cuarenta años. Debido a disposiciones oficiales, no pudimos velarlo. Más allá de mi tristeza natural, su partida no me resultó del todo inesperada. De algún modo, me había preparado para ese momento. Además, mi padre era un hombre sabio que ya había hecho las paces con la muerte. «¿Pero cuánto tiempo quieren seguir viviendo?», contestaba cuando le contaban entre lamentos sobre la muerte de algún conocido de su edad. En cambio, sí me conmovía la inesperada e injusta soledad de mi madre, quien iba a tener que atravesar el resto de la pandemia con este dolor.

Así estaban las cosas cuando llegué a la plaza para encontrarme con mi madre. Hacía mucho calor y el espacio estaba desolado. Los juegos se veían despintados y viejos. El pasto estaba sin cortar. Fui hasta el banco donde nos encontrábamos siempre. Lo limpié un poco y me senté. A lo lejos, la vi llegar caminando, muy despacio, dejando traslucir una gran fragilidad. Pensé en el inevitable paso del tiempo. Venía en la más absoluta soledad, pero traía el barbijo puesto.

Pude identificar el momento en que me reconoció. La vi sonreír en los ojos, como un reflejo. Hasta que llegó al banco, mantuvo la mirada de ilusión sobre mí. Se sentó a mi lado, se sacó el barbijo y me dijo «hola». «Dios mío», pensé, pero me pareció mejor no volver a mencionarlo. La mezcla de miedo y confusión que tenía mi madre me generaba una enorme tristeza.

No era para menos. Las recomendaciones, regulaciones y protocolos no paraban de multiplicarse y cambiarse, casi a diario, hasta el punto de enloquecer al más brillante contador. Qué quedaba, entonces, para mi madre.

Tampoco debía sorprender que mi madre pudiera tener interrogantes sobre las vacunas, tal vez inconscientes o secretos. Después de todo, habían sido desarrolladas a contrarreloj y autorizadas de emergencia, saltando todos los procedimientos establecidos hasta el comienzo de la pandemia. Y las segundas dosis se habían aplicado fuera del tiempo recomendado por los laboratorios. Y se habían mezclado vacunas diferentes, otro procedimiento cuestionable también aprobado de emergencia. Y ahora parecía que la «vacunación completa» no era suficiente, sino que era necesario aplicarse una tercera dosis. Y de hecho, ya se había comenzado a hablar de una cuarta. Y si se tenían que seguir mezclando vacunas, que se mezclaran. Todo esto mientras se le daba la espalda a la inmunización natural de los ya contagiados.

Sin embargo, tal vez los interrogantes no tuvieran que ver con las vacunas, sino con las autoridades. Las mismas que, por negocios y política, habían descartado una parte de las vacunas disponibles y, en cambio, habían adquirido aquellas con menos garantías. Las mismas que se habían saltado la fila para vacunarse, ellas y sus allegados, antes que los grupos de riesgo. Las mismas que se habían autodeclarado esenciales y se habían autoexcluido de la mayoría de las restricciones. Y las mismas que habían violado esas pocas restricciones que les quedaban, organizando eventos

masivos y fiestas privadas. Las mismas. Esas que dirigían el aparato represivo del Estado, con epicentro en el Norte feudal, produciendo miles de abusos y decenas de muertes de las que, increíblemente, nadie hablaba. Eso para no mencionar la gestión general de la pandemia, basada en una feroz campaña del miedo, que había destruido cientos de miles de empleos, cerrado las escuelas durante casi un año y forzado a las personas a quedarse en su casa —en el caso de tener una— aun si eso implicaba padecer el hacinamiento o la violencia doméstica.

Sí, tal vez y solo tal vez, esas cuestiones le generaban a mi madre alguna clase de inquietud. Y si así era, ¿acaso alguien podía juzgarla o exigirle que no tuviera dudas? Y si no, ¿no valía lo mismo para el resto de las personas? Y si sí, ¿alguien podía juzgarlas por pedir más información o por tomar la decisión de esperar para vacunarse?

Algo sí era claro. Seguir confiando en semejante política sanitaria no era fácil. Por el contrario, era una mastodóntica exigencia de la voluntad. Y mi madre —y muchos otros— estaba dispuesta a afrontarla. Ya había llegado hasta aquí y así seguiría hasta el final. Continuar vistiendo anteojeras podía resultarle duro, pero evidentemente le resultaba más difícil juzgarse equivocada, admitirse dócil, tal vez reconocerse como una cobarde.

¿Yo? Yo también me había equivocado. Había reconocido cada uno de mis errores a su debido tiempo, incluyendo el presente. Por mi naturaleza optimista y diplomática, había concedido demasiado crédito a muchas de las medidas irracionales que se habían impuesto. A mí favor, puedo decir que nunca dejé de contrastarlas con mi propio juicio. Me esforcé en escuchar las voces críticas, muy minoritarias por cierto, casi inaudibles en medio del generalizado fervor controlador. No sin esfuerzo, por lo general tarde, admití mis interpretaciones erradas y ajusté con humildad mis posiciones. Traté de hacerlo en voz alta, para que no hubiera dudas de mi buena fe y para no privar a los demás, también, de la posibilidad de corregirse.

No se me debe malinterpretar. A pesar de los interrogantes, yo celebraba el desarrollo de las vacunas en tiempo récord y las consiguientes aprobaciones de emergencia, pues se trataba de un alivio fundamental para los grupos de riesgo. Había recomendado su aplicación a mis padres y volvería a hacerlo. De haber tenido ochenta años, también me las hubiera aplicado. Sin embargo, eso estaba muy lejos, lejísimos, de admitir la

vacunación por la fuerza. La decisión debía ser personal, basada en un análisis propio de riesgo-beneficio. Yo no era antivacunas. Había tenido que explicarlo una y otra vez. Sin ir más lejos, la semana previa a la Navidad me había aplicado la vacuna contra la hepatitis A. ¿La tenían aplicada en mi familia? ¿Y la de fiebre amarilla, tifoidea, rabia, gripe, neumonía, etc.? ¿Era válido discriminarlos por eso? ¿Ameritaba implementar un pase sanitario para averiguarlo y decidir al respecto?

Yo no era grupo de riesgo. Punto. Las probabilidades de morir por Covid eran extremadamente bajas. ¿Por qué debía correr a vacunarme cuando consideraba, con argumentos, que la vacunación implicaba riesgos? Sin dudas, la creciente presión social y estatal para que me vacunara no ayudaba a convencerme.

Uno debía vacunarse para cuidar a los demás. Este era el último argumento de los comprometidos paladines de vacunar al prójimo. Las personas debían asumir riesgos sobre sí mismos, en contra de su voluntad, para —supuestamente— proteger a los demás. El argumento, de por sí, me resultaba peligroso. ¿Quién determinaría en el futuro, ante situaciones cuestionables como esta, el alcance del difuso «cuidar a los demás»? Pero más allá de ese debate filosófico, ni siquiera el argumento de la contagiosidad era cierto en este caso: a pesar de las afirmaciones y promesas, las vacunas no prevenían los contagios y eso había quedado demostrado los últimos días, cuando la famosa variante Ómicron había contagiado a medio mundo. Hasta la misma OMS lo había admitido, si es que su palabra tenía algo de valor a esta altura de los acontecimientos.

Quizás el caso más demencial fuera el de los niños. La mortalidad por Covid en un niño era inferior a la de un adulto vacunado. Aun así, no solo se promovía su vacunación, sino que se lo hacía con vacunas sin estudios pediátricos publicados. Además, se los seguía sometiendo a micro-protocolos y barbijos en las escuelas, mientras el mundo adulto se movía con absoluta libertad en restaurantes, bares y estadios. Por primera vez en la historia, los niños debían sacrificarse, sin fundamentos, por los adultos. Un enfoque verdaderamente miserable.

En resumen, me resultaba inadmisibles que alguien se arrogara el derecho de presionar a los demás para que actuaran contra sus convicciones, especialmente cuando había tantos cuestionamientos sobre la mesa. Esto valía para mí, pero también para los demás. Más que la noble búsqueda del

bien común, el accionar coercitivo de la mayoría me parecía el corcoveo espasmódico de una manada asustada.

Había un ejercicio que me gustaba realizar. Se trataba de transportarme hasta el futuro e imaginar que, luego de tantos apuros y emergencias, descubríamos que algo había salido mal. En ese momento, nos preguntábamos cómo algo así podía haber pasado. Mirábamos hacia atrás y repasábamos los hechos. Y entonces llegábamos a la conclusión inevitable: «Y sí». ¿Cómo habíamos dejado pasar tantas irregularidades? ¿Cómo habíamos confiado en que la simple buena suerte nos salvaría? ¿Cómo pudimos ponernos en manos de tantos impresentables? La respuesta era de manual: el miedo lo justificaba todo. ¿Era entendible? Por supuesto. ¿Nos eximía de las consecuencias? Claro que no. La repetición de este viaje al futuro me ayudaba a ampliar mi perspectiva y ganar confianza en mis propios argumentos.

Palabras más, palabras menos, eso fue lo que le dije a mi madre en la plaza. Ella me miraba desconcertada. No estaba seguro de que me siguiera el hilo argumental. Ni siquiera de que me estuviera escuchando. Quizás se había perdido en el derrotero de mi razonamiento. Su atención estaba más allá de mí, a mis espaldas, como si buscara sobreponerse al presente de mis palabras y llegar por fin al momento de mi partida, cuando las malas noticias ya hubieran sido comunicadas. Mientras la miraba, y ella permanecía estática, me preguntaba si su boyante aturdimiento era ante mí o ante sus propios cuestionamientos. Sin dudas, ella los tendría, como todos, aunque no estuvieran en la superficie de su conciencia, aunque prefiriera la comodidad de mantenerlos archivados en el sótano.

Qué difícil, qué difícil era congeniar las conclusiones del propio pensamiento cuando entraban en conflicto con los «expertos», con las autoridades, con las mayorías.

Estiré mi brazo y, con sumo cariño, la empujé con dos dedos a la altura del hombro. Me miró. Vi en ella una mezcla de incomprensión e impotencia. Abrió la boca e intentó hilvanar una explicación que, como un embudo, terminaba siempre en las recomendaciones de su médico, de los médicos en general y de los «expertos». Casi al borde del llanto, me confesó estar asustada. Lo mismo ocurría con el resto de la familia; con la tía Norma y el tío Roberto. «No es personal», me dijo como conclusión.

Según mi madre, la decisión de excluirme de la cena navideña no había sido de ella, sino de «la mayoría». A pesar de mi insistencia, se negó

a detallar cómo se componía ese cuerpo o cómo se había llevado adelante el proceso democrático de expulsión. Las veinte personas involucradas estaban vacunadas. Yo las conocía y pude hacerme una idea de cómo se había construido esa voluntad deportadora. Nadie es inocente de sus decisiones, pero no los juzgué. Después de todo, los quería. Mi madre también se negó a explicitar cuál había sido su postura, es decir su voto, aunque se encargó de remarcar que la decisión adoptada le parecía «de lo más razonable».

Sobre el resto de la cuestión, debo decir que poco me importaba quedar afuera de una reunión donde los concurrentes me discriminaban por no estar vacunado. En verdad, poco me importaba quedar afuera de cualquier reunión de veinte personas.

De ningún modo yo quería entrar en conflicto con mi madre asustada, pero no podía permitir que el miedo, y mucho menos el ajeno, se impusiera sobre la sensatez. No podía, no. Sentía el indispensable deber de defender la abstracta pero sagrada institución del sentido común. Me resultaba imposible bajar la cabeza y conceder en silencio que la aberración de excluirme —de excluir a cualquier persona por ese motivo— fuera calificada como «de lo más razonable» por cualquiera, pero menos que menos por mi familia, y menos que menos por mi madre. No podía permitirme la conveniencia, y hasta el placer, de mirar para otro lado y pasar la Navidad solo, en casa, en silencio, comiendo una *lasagna speciale* acompañada por una deliciosa botella de vino *tope de gama*, para luego hacer lo que se me antojara, ya fuera irme a dormir temprano o partir hacia la fiesta más cercana. No podía ceder a la comodidad de evitar el conflicto con mi familia, de evitar el llanto de mi pobre madre, ni las duras disputas posteriores con mis hermanas. Debía ser fuerte. La cordura era un bien por el cual valía la pena luchar, exponerse y hasta sufrir. No solo por uno mismo, por la tranquilidad de poder mirarse al espejo cada día, sino también por los demás. Era un egoísmo demasiado grande dejarlos persistir en el error, cometer atrocidades y arrepentirse el día de mañana.

Fue por eso que decidí acudir a la cena navideña, a pesar de no estar invitado, de no haber podido emitir mi voto y de no haber podido acompañar este último con un breve discurso. En una palabra, a pesar de sentirme atropellado. Así se lo comuniqué a mi madre. Me miró sin comprender.

Sí, querida madre, la noche de Navidad me encontraría en tu puerta, para cenar con mi familia, como Dios mandaba. Asistiría bien vestido, bien peinado y sonriente. Llevaría regalos para todos. En la entrada, al aire libre, tendría el barbijo en la mano, porque el mismo decreto de necesidad y urgencia —que no era necesario ni urgente, ni legal ni constitucional— en el que mi familia se escudaba así me lo permitía. Sin embargo, estaba dispuesto a usarlo en el interior de la casa y estaba listo para comer en una mesa separada, a una prudente distancia.

¿Y cómo haría eso? ¿Cómo lograría impedir que las hombrías el tío Roberto y tal vez el tío Claudio me bloquearan el paso? Más elemental todavía, ¿cómo lograría que me abrieran la puerta? Pues muy simple. No llegaría solo a la cena navideña, sino acompañado por el doctor López Amuchástegui (LA), mi abogado personal, y por el doctor Juárez Ravena (JR), su escribano de confianza. Ante la puerta cerrada, el doctor LA se encargaría de informar sobre mis derechos legales, penales y constitucionales a quienes se atrevieran a excluirme. El doctor JR, a su vez, sería testigo de todo el procedimiento y la prueba viviente de lo que fuera a ocurrir. La advertencia era clara. En cuanto alguien me impidiera el paso, los acontecimientos conducirían a una denuncia penal, contra ellos y contra todos los que yo pudiera alcanzar con la misma. Los términos serían lo más amplios posibles, incluyendo discriminación y —tras la muerte de mi padre— los derechos sobre la casa. Acto seguido, mi denuncia conduciría a un proceso judicial que estaba dispuesto a llevar hasta las últimas consecuencias. «No es personal», le aclaré para terminar.

Los ojos de mi madre parecían haber visto al mismo Lucifer.

¿Pero acaso los doctores LA y JR no tienen familias? Sí, querida madre, claro que tienen, pero no olvides que son abogados. Me he ocupado de convencerlos a fuerza de dinero y promesas de fama. Esta historia está condenada a terminar en los medios y, sin dudas, los doctores alcanzarán una altísima exposición. Al igual que la familia, al igual que vos y, muy a mi pesar, al igual que yo. La cena navideña será un desastre de resultados imprevisibles, pero el buen juicio estará a salvo. Así que prepárense, porque esto no va a ser fácil.

Mi madre quedó congelada, como si mi determinación fuera la mitológica mirada de un basilisco. No volvió a emitir palabra, ni sobre este tema ni sobre ningún otro. Después de un rato, miró para otro lado. Cuando hice lo propio, se descongeló y anunció que se marchaba. Me dio un beso

zombi, se puso el barbijo y se fue caminando con mucha lentitud, sola, como había llegado.

Los días que siguieron fueron como los había imaginado. Decenas de llamadas de familiares, indignados, tratando de averiguar si mis advertencias eran ciertas y, ante la confirmación, buscando disuadirme. A mis planes los llamaban «locuras» y, de prosperar, auguraban un «quiebre definitivo» de nuestra relación familiar. Yo no me inmutaba ante las amenazas. Si algo había aprendido estos últimos dos años, vividos bajo un permanente terror discursivo, era a relativizar las intimidaciones y los pronósticos catastróficos. Escuchaba las interminables exigencias de mi familia con infinita paciencia, como un milenario buda sentado, a la intemperie, sobre el punto más alto de una cumbre nevada. Mi respuesta se reducía a un genérico asentimiento. Luego, me despedía y cortaba.

Lamentablemente para todos, ya era demasiado tarde. Yo había cruzado el Rubicón. Había contratado y pagado a los abogados. Me había mentalizado. Me había comprometido conmigo mismo a no dejar solos a mis sobrinos. Pero sobre todo, me había jurado no dar marcha atrás bajo ninguna circunstancia. ¿Y qué peor cosa puede hacer alguien que desautorizarse ante sí mismo?

Los últimos tres días, la presión de mi familia era tan grande que decidí desconectar el teléfono, la computadora y el timbre. Quedé concentrado en casa, a la espera del momento más importante de la pandemia y, tal vez, de mi vida. Era la ocasión que el destino me había reservado para hacer una diferencia existencial en mi paso por este mundo. Tras una vida entera sentado en el banco de suplentes, era mi momento de entrar al campo de juego y brillar.

Llegó el día 24 de diciembre a la tarde. El doctor LA y JR se presentaron en mi casa. Vestían de traje, elegantes, aunque sin la acostumbrada corbata. El doctor LA traía un ramo de flores («para su madre») y se excusó de no haber comprado regalos para los demás, ya que «no los conocía bien». Idéntica salvedad hizo el doctor JR, pero para justificarse exhibió una botella de inconfundible buen vino tinto.

Yo estaba listo, así que salí de la casa y los invité a subir a mi auto, estacionado justo en frente. Luego de un breve intercambio de cortesías, el doctor LA subió adelante. El doctor JR subió atrás y, al hacerlo, «celebró» la suerte de tener allí mucho más espacio que su colega. El viaje sería de unas treinta cuadras.

Llegamos. Estacioné a unos pocos metros de la casa de mi familia. Al bajarme, pude reconocer los autos de los demás. Tocamos timbre. El tío Roberto abrió la puerta. Hubiera sido algo esperable que el tío Claudio lo secundara, pero al parecer era cierto que ante la escalada del conflicto había pedido que «a mí no me rompan las pelotas». Por desgracia, llegado el caso, esa declaración no iba a eximirlo de mi denuncia penal.

Los doctores JR y LA exhibieron sus entrenadas caras de poker, con el ramo de flores y la botella de buen vino en brazos, como si fueran las bendiciones de nuestra familia ensamblada. Supongo que mi cara era una mezcla de nerviosismo y goce, cubierta por una fina película de actuada neutralidad.

El tío Roberto me miraba con furia, pero así como no se había atrevido a contradecir las equivocaciones, las mentiras y las amenazas de las autoridades durante la pandemia, tampoco lo iba a hacer con mis compañeros representantes de La Ley ni con el poder que representaban. Masticando una bronca interminable y sin decir una palabra, se hizo a un lado y nos dejó pasar. Como gesto de buena voluntad, me puse el barbijo e invité a los doctores a hacer lo mismo.

Con una falsedad encomiable, los doctores saludaron a cada uno de los presentes. Lo hicieron con gran dedicación, como si fueran la familia de una nueva prometida a quien se quiere impresionar. A cambio, obtuvieron discreto desprecio en abundancia.

Pasamos al salón comedor. Había tres mesas. Una grande para los adultos, una mediana para los chicos y otra más pequeña para nosotros. La nuestra era la más alejada, en teoría por cuestiones sanitarias.

Nos sentamos. Los doctores simulaban estar a gusto con gran destreza. Recibieron con gran júbilo el pequeño brasero con asado y las fuentes con ensalada. Por ejemplo, coincidieron en destacar «la pinta» de la ensalada rusa. Comieron, bebieron y conversaron con la mayor naturalidad. Uno de ellos, inclusive, se atrevió a pedir un aplauso para el asador y se lanzó a comenzar. Mi familia lo siguió sin entusiasmo, entre miradas de desaprobación, solo porque el tío Claudio en verdad lo merecía.

Tocaron las doce. Mis familiares se pusieron de pie y brindaron. Yo brindé con los doctores y, de lejos, los tres nos sumamos al brindis levantando la copa en dirección a ellos. Solo mi madre y los chicos, con cierta pena, nos miraron. Luego, mis familiares se saludaron con tosca algarabía. A nosotros, solo nos dedicaron desconfiadas miradas de reojo.

Con los saludos finalizados, los chicos pudieron liberar la ansiedad acumulada de los regalos. Corrieron al árbol y comenzaron a abrirlos, tanto los propios como los ajenos. Yo les había preparado unos pequeños cuadros con frases famosas, alusivas a la reflexión, el respeto y la libertad. Eran muy simpáticos y coloridos. Mi deseo era que, con el pasar de los años, pudieran llegar a comprenderme. Y, si acaso lo merecía, perdonarme. Durante la noche, los pequeños me habían mirado con timidez y cautela. La histórica afección que nos teníamos se había visto empañada por el conflicto en marcha. Sin dudas, los últimos días habían escuchado comentarios poco amables sobre mi persona. Ellos no podían llegar a entender la escaramuza y en esa confusión se debatían.

A diferencia de otros años, para los adultos yo había comprado regalos estándares y aburridos. Remeras, pantalones y medias, según la categoría del familiar. Y para los doctores, como para no dejarlos afuera del momento, había comprado una pequeña mermelada artesanal para cada uno. Como era de esperar, se mostraron por demás complacidos, al borde de una poco creíble emoción.

Mis familiares no me habían comprado nada. Y estaba bien. No había previsto otra cosa. Por supuesto, tampoco habían contemplado regalos para los doctores.

Apenas los regalos quedaron descubiertos, los doctores anunciaron que «con mucho pesar» debían marcharse. Supuse que debían encontrarse con sus propias familias. Destacaron la «exquisita comida», agradecieron la «inolvidable velada» y se despidieron hasta la próxima. «Esperemos que no sea muy pronto», aclararon con sonrisa pícaro, tal vez amenazante. A cambio, solo obtuvieron un rencoroso silencio.

Yo tampoco tenía mucho más que hacer allí. Sin los doctores, me hubiera sentido desnudo ante los demás. Por lo tanto, aproveché y me sumé a la despedida.

Ya afuera, ofrecí llevar a los doctores adonde me lo pidieran. Me agradecieron, pero aseguraron que les sería más conveniente tomarse un taxi en la avenida de la esquina. Nos despedimos ahí mismo.

Llegué a casa. No era todavía la una de la madrugada. Sentía una gran excitación. Aun así, me acosté con la intención de dormirme. No pude hacerlo en profundidad y a eso de las cinco de la mañana me desperté y quedé desvelado. Era la ansiedad. Una conocida y esperable ansiedad.

Me levanté y encendí la computadora. Cargué la página del más importante diario argentino. Entre las principales noticias, como lo habíamos acordado con los doctores, estaba la siguiente: «Insólito. No vacunado asiste a cena navideña con sus abogados, bajo amenaza de juicio penal si es excluido». El epígrafe decía: «¡Feliz denuncia penal!» El periodista amigo de los doctores había cumplido. De hecho, ni siquiera había cambiado una coma del titular que yo mismo les había propuesto.

Volví a la cama. Sonreí pensando en la semana que comenzaba. Sería intensa. La noticia rebotaría en todos los medios, encendería el debate público y dispararía decenas de entrevistas. Yo nunca había estado más preparado. Pensando en ello, cerré los ojos y me entregué a un sueño feliz y lleno de esperanza, como correspondía a ese día. Después de todo, era Navidad.

Adiós, querido edificio

*«Nos gustaba la casa porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.»
Julio Cortázar, en su cuento Casa Tomada.*

Me gusta el edificio porque, además de espacioso y antiguo, guarda los recuerdos de mi abuela materna, de mis padres y de mi infancia.

Es una verdadera lástima tener que dejarlo.

El precio del alquiler volvió a subir y ya no puedo pagarlo. En verdad, hablar de alquiler es una cómoda imprecisión, ya que nos hemos acostumbrado a decir solo «alquiler» para referirnos a «alquiler más expensas». La factura que llega cada mes tiene un solo ítem: «Alquiler». Es decir, no hay forma de saber cómo se compone el valor total. Mi abuela dice que antes, en su época, alquiler y expensas se pagaban por separado. Y que, además, las expensas venían desagregadas con el detalle de cada gasto. Inchequeable.

No sin esfuerzo, logré que los administradores me compartan la composición detallada del «alquiler». Diría que lo hicieron un poco obligados por mi insistencia, de mala gana. Por suerte, soy una persona diplomática. De otro modo, la poca predisposición que mostraron hubiera terminado mal. No entiendo por qué tanta reticencia, por qué tanto misterio.

Con esa información en mis manos, pude confirmar lo que ya suponía sobre los gastos del edificio. Hasta el mes pasado, las expensas (es decir, los gastos comunes del edificio) eran del mismo valor que el alquiler. Ahora, con el último aumento, lo sobrepasaron. Y por cómo se vislumbra el panorama de los próximos meses, puedo suponer que las expensas continuarán ampliando su ventaja.

La última suba de expensas fue una consecuencia directa de que el vecino de arriba dejara el edificio. Un vecino histórico, por cierto. El aumento anterior (otro) le resultaba demasiado oneroso y ya no podía pagarlo. Inútil fue tratar de convencerlo de buscar alternativas. Le dijimos que ya encontraría el modo de pagarlo, que tal vez las expensas bajarían en

los próximos meses (aunque eso nunca había ocurrido) o que solicitara alguna ayuda especial al consorcio. Los porteros fueron especialmente insistentes, pero tampoco lograron hacerlo cambiar de opinión. «No puedo, ni quiero, ni debo», se limitó a repetir el vecino.

Como resultado de esa partida, los demás inquilinos tuvimos que cubrir el valor de las expensas del vecino en retirada. Es decir, tuvimos que pagar expensas más altas. El tema fue debatido en una reunión de consorcio. Algunos vecinos, comenzando por los administradores, terminaron por culpar de la suba al vecino que se iba. Yo no había podido asistir a la reunión, pero semejante conclusión me pareció un poco injusta.

A partir de ese acontecimiento, examiné mi propio caso. Supuse que con mi partida las expensas volverían a subir «por mi culpa». Como en el caso del vecino, lo mío no era una decisión deliberada sino una consecuencia inevitable. Una simple y pura falta de alternativas. De ningún modo deseaba atravesar las mismas presiones públicas por irme del edificio. Por lo tanto, decidí que informaría al consorcio sobre mi partida el último día, de manera sorpresiva si se quiere, para no dar lugar a ningún tipo de maniobra o reclamo. Sí, aunque eso implicara correr el riesgo de perder el depósito.

Como cualquiera puede imaginarse, la solución natural y deseable para el consorcio hubiera sido volver a alquilar los departamentos liberados. Es lo que siempre había ocurrido. Sin embargo, bajo las nuevas condiciones, eso era por demás improbable. Si el edificio no lograba retener a sus habitantes históricos, mucho menos estaba en condiciones de atraer nuevos inquilinos. Me constaba que cuando un interesado conocía el valor del alquiler salía espantado.

El edificio es mediano, tirando a pequeño. Tiene treinta y dos departamentos. Son dos cuerpos de dieciséis departamentos cada uno. Y cada cuerpo tiene cuatro plantas de cuatro departamentos. En el piso de abajo tiene un enorme pasillo de techos altos, un gran jardín con una fuente en el medio y un par de locales en el frente. Y más abajo, en subsuelo, un gran salón para eventos.

Mi abuela suele quejarse de que el edificio está «muy venido a menos». Según su intacta memoria de largo plazo, durante los años posteriores a su construcción el edificio «brillaba en todo su esplendor». Cada año se pintaban sectores enteros del edificio, cualquier elemento roto se reemplazaba por uno original en cuestión de días y los prolijos jardines

rebalsaban de flores. «Otros tiempos», suspira al terminar de enumerar sus quejas.

Sospecho que algo de razón debe tener mi abuela. En la actualidad, el edificio luce muy desmejorado. Hace años que no se pinta. El mármol de las escaleras está deformado. Las goteras se multiplican y un suave olor a gas va invadiendo los rincones. Muchos cables cruzan por los techos del edificio, un paisaje poco feliz visto desde el patio central de la planta baja. Los elementos rotos, como un farol o un picaporte, pueden tardar meses en ser reemplazados y, casi siempre, eso ocurre con piezas peores que las originales. Al bronce se lo reemplaza con acero, al acero con hierro, al hierro con plástico. La vereda siempre tiene baldosas rotas, con pequeñas matas de pasto creciendo entre ellas. Los porteros siempre juran haber reportado los problemas a la administración. Y la administración jura siempre que no hay dinero.

Con los años, la resignación se ha expandido por el edificio. Lo ha hecho sin ruidos pero sin descanso. Muchos vecinos se han ido, muchos se han refugiado en el trabajo (para pagar los alquileres crecientes) y a muchos, sobre todo a los nuevos, no les importa. Para estos últimos, la sensación de decadencia es el estado natural de las cosas.

Unas 100 personas adultas viven en el edificio. De ellas, 16 trabajan en la administración. 8 lo hacen como porteros y 8 como administrativos. Mi abuela dice que antes, en su época, había solo 2 personas: 1 como portero y 1 como administrativo. Y que su madre le contaba, en tono de queja, que antes había solo 1 persona que se encargaba de todo. Indemostrable.

Los 8 porteros tienen las tareas muy definidas. Uno se encarga de los servicios públicos (luz, agua, gas, teléfono), otro de pisos y paredes, otro de la limpieza, otro de la iluminación, otro del jardín, otro de la seguridad, otro de los cobros y otro de «las cuestiones sociales». Cuando un vecino tiene un problema en el edificio, es indispensable contactar al portero específico para que lo atienda. Si ese portero no está disponible por cualquier motivo, no hay más remedio que esperar. «No es mala voluntad, señor, pero además de que no nos corresponde, no queremos invadir el espacio del compañero», responde el resto de los porteros si uno busca un auxilio excepcional. A veces, encontrar al portero adecuado puede llevar varios días.

Los 8 administrativos también tienen mucho trabajo. No solo deben dar soporte administrativo a los porteros, sino que también deben timonear

la economía del edificio. Además de administrar los alquileres de los vecinos, gestionan algunos emprendimientos que tiene el consorcio, a saber, una casa de comidas (en uno de los locales del frente del edificio), una remisería (en el otro local) y un salón de eventos (en el subsuelo). Todos dan pérdidas. Cada uno de los emprendimientos tiene personal externo. No es inusual que el consorcio enfrente juicios laborales, los pierda y deba afrontar el pago de indemnizaciones durante años. «Mala suerte», se lamentan los administradores.

Según mi abuela, el objetivo original de esos emprendimientos había sido financiar las expensas. Y de hecho, durante muchos años ese objetivo se había cumplido, motivo por el cual las expensas eran bajísimas. Es por eso que existía una considerable lista de espera para ingresar a vivir al edificio. Los administradores y los porteros dicen que la abuela exagera.

Hoy en día, el restaurante es utilizado como base de operaciones de los porteros. Y de sus familiares. Es bastante natural y comprensible que así sea. La comida disponible y los tiempos de servicio son azarosos, como en una casa. Sobre todo en invierno, suele haber ropa colgada (aclaro que solo reposando, no para secarse) en las sillas. Los pocos clientes externos aseguran que les gusta «el ambiente casual» del lugar. Estos clientes van al lugar a tomar café, leer el diario y conversar con los porteros. Rara vez consumen almuerzo o cena. Cuando hay un problema en el edificio, la mejor estrategia para encontrar a los porteros es buscarlos allí.

La remisería tampoco se destaca por sus prestaciones. Los clientes principales son los porteros y los administrativos. Supongo que, por camaradería, son más tolerantes con las deficiencias del servicio. Hasta donde sé, pagan como cualquier otro cliente. Otros vecinos también usamos el servicio con la idea de apoyar al consorcio, sobre todo cuando no estamos apurados.

El salón de fiestas permanece semi abandonado y, por lo tanto, no puede ser alquilado. Como mucho es utilizado por la gente del edificio. La mejor parte del mobiliario y de la vajilla ha desaparecido, así que quienes deseen utilizarlo deben llevar sus propios utilitarios. Es una pena, porque es enorme y la hermosa arquitectura del edificio también se manifiesta en su interior. Para ponerlo en marcha de nuevo, habría que realizar una enorme inversión que los administradores consideran inviable.

Otra razón para lamentarse es que, si estos emprendimientos funcionaran, el consorcio podría ayudar a más vecinos. De hecho, esa es la

tarea que ejecuta el «portero de las cuestiones sociales». Es el más nuevo de los porteros. Se ocupa de las relaciones con todos aquellos vecinos que reciben ayuda del consorcio. La mitad de los vecinos reciben esa ayuda por diferentes motivos. Por ejemplo, la reciben quienes tienen hijos o mayores a cargo, los discapacitados (uno de los vecinos, por ejemplo, no tiene el dedo meñique), quienes no tienen trabajo (uno de los vecinos, pobre, lleva veinte años desempleado), los artistas, los estudiantes de ingeniería, quienes compran electrodomésticos o autos nuevos, o quienes están pagando un crédito hipotecario. Es evidente que, con los años, el consorcio ha desarrollado una sólida cultura de solidaridad entre los vecinos del edificio.

Desde que tengo memoria, las decisiones del consorcio las toman los inquilinos. Mi abuela dice que antes, en su época, las decisiones las tomaban los propietarios. Desde que no es así, asegura, muchos dueños originales vendieron sus departamentos y otros han decidido dejar de alquilarlos. A favor de mi abuela, todavía recuerdo a muchos de esos vecinos vendiendo sus propiedades cuando yo era niño y es cierto que algunos de los departamentos permanecen inhabitados.

Para tomar decisiones, los administradores convocan a reuniones de consorcio. Por lo general, las reuniones son realizadas cerca del mediodía y con notificaciones a primera hora de la mañana. Esto dificulta la participación de quienes trabajan afuera durante el día. Ante los reclamos, los administradores admiten el problema, pero se defienden diciendo que los temas surgen con enorme imprevisto y las resoluciones requieren de decisiones urgentes. Tanto ellos como los porteros pueden asistir siempre. Hay que admitir que, a pesar de las convocatorias repentinas y la dificultad de juntar a todos los vecinos, los porteros viven alentando a los vecinos a participar, en particular a aquellos que pueden salir beneficiados de las reuniones. En esos casos, inclusive, llegan a realizar el esfuerzo de cambiar los horarios.

Ayer, por ejemplo, hubo una reunión de consorcio. El tema principal fue la sobrecarga de trabajo que venían padeciendo los administradores. La cuestión fue planteada por ellos mismos. Propusieron la contratación de dos nuevos administradores que pudieran darles soporte. Insistieron en que debía tratarse de gente de confianza. Postularon algunos familiares. Como casi siempre, no pude asistir a la reunión. Según averigüé después, estaban los 8 porteros, los 8 administrativos y otros 8 vecinos. La moción fue

aprobada por amplia mayoría, 16 a 8. Desconozco la composición de los votos.

Más allá de los detalles de la votación, lo negativo de ese resultado es que no habrá más remedio que volver a aumentar las expensas para financiar los salarios de los nuevos administradores. Por suerte, ya no estaré en el edificio para pagarlas. Lo bueno es que nuevos vecinos tendrán un empleo y que las tareas administrativas deberían agilizarse.

De mi familia, solo yo quedo viviendo en el edificio. Mamá y papá murieron hace unos pocos años. La abuela se mudó a una casa baja justo frente al edificio, ya que por su edad no puede subir escaleras. Según ella, le queda el consuelo de asomarse a la ventana de la casita y ver su antigua morada.

A veces, siento una culpa extraña pero verdadera por tener que dejar el edificio. Es más una intuición que un pensamiento. Reviso mi vida, mi accionar, y me cuesta encontrar una razón para inculparme. No he sido malo, ni perezoso, ni por acción ni por omisión. Soy una persona buena, tranquila, respetuosa. Trabajo, estudio, ayudo a mi abuela que vive enfrente. Pero aun así, no logro liberarme de ese sentimiento de fracaso personal. Muy adentro, en el fondo, siento merecer lo que me está pasando, aunque no pueda saber bien por qué.

Son mis últimas noches en el edificio. Cuando me acuesto, miro el techo alto y pienso en el inminente último día del mes, cuando tenga que dejar el departamento. Cada noche, la imagen es más o menos la misma. Cierro bien la puerta del edificio. Con la llave en la mano, me doy cuenta de que ya no es mía y de que no sé bien qué hacer con ella. Cruzo la calle y miro por última vez el edificio desvencijado. Como todas las mañanas, el sol le pega de lleno. Lo percibo todavía desafiante gracias a su orgullosa arquitectura. A diferencia de las veredas, las paredes y los techos, no es tan fácil destruir la idea que le dio origen. «Adiós, querido edificio», pienso. Antes de marcharme, siento muchísima pena. Luego de una nostálgica vacilación, tiro la llave por la alcantarilla y me voy. El edificio y una larga etapa de mi vida quedan atrás.

El Futuro Negro ya crece en el Norte

Ya es la tercera vez en el año que las caravanas comerciales provenientes del Norte traen rumores sobre la inminente llegada del Futuro Negro, el apocalipsis tantas veces profetizado por los antiguos. Los rumores hablan de un nuevo poder que crece más allá —mucho más allá— de las fuentes del Río Sagrado, es decir, a espaldas de la siguiente idea: las cosas cambian para seguir siendo lo mismo. Es difícil conciliar ese dilema ancestral con nuestra realidad, signada por la más llana monotonía. El cielo azul inalterable, las gigantescas montañas inmóviles y la quebrada como una herida eterna.

A la hora de describir ese poder, despiadado es la palabra más utilizada. La progresiva materialización de la amenaza se me representa como una tormenta que se va condensando en el horizonte. Al principio, es angosta y remota, una mera posibilidad, tal vez una equivocación de la vista. La distancia siempre confunde. Pero a medida que pasa el tiempo, se ensancha y oscurece, se vuelve palpable y cercana, hasta cernirse como un hecho sobre nosotros.

Es difícil no sucumbir a la comodidad de la negación. ¿Por qué, de entre cientos de generaciones, pasadas y por venir, los dioses nos elegirían a nosotros para enfrentarnos a esta tragedia? ¿Cuál es la probabilidad de que seamos, en efecto, los elegidos? Las preguntas evasivas son válidas y lo son para todos. Las probabilidades pueden ser bajas, pero siempre caen fulminantes sobre alguien.

Como líder de la parcialidad de los *tilcaras*, es mi deber preocuparme. Aunque quisiera, no puedo plegarme a la ingenua despreocupación de los jóvenes ni a la sabia resignación de los viejos. La responsabilidad se impone, una vez más, a los deseos. Ser adulto consiste, esencialmente, en asumir los sacrificios.

Aceptar la preocupación primera —dar por ciertos los rumores— conduce a su interminable reproducción. Nuevas preocupaciones nacen y, al aceptarlas, vuelven a multiplicarse.

De esas nuevas preocupaciones, la más acuciante —vaya paradoja— es la despreocupación de la mayoría de las parcialidades que componen la gran Confederación Omaguaca. Sus prioridades son más inmediatas. La

urgencia de las necesidades básicas se sobrepone a cualquier tipo de peligro potencial, por más crítico que sea. Por convicción, o por simple cobarde protección, prefieren no ocuparse de aquello que todavía no ha sucedido.

Mi padre, en sus tiempos al frente de nuestra parcialidad, me enseñó que un líder puede darse muchos lujos —aunque no debería—, pero nunca el de la negación. Considerar con seriedad el peor escenario, sin por ello someterse al mismo, no es solo una invaluable estrategia defensiva, sino también una obligación. Anticiparse al peor de los escenarios es, antes que nada, un sano ejercicio de la prevención. Por eso siento que mi tarea más importante es conseguir que mis pares abran los ojos.

No estoy solo en ello. Los uquías son el pueblo más creyente del Valle, los más conocedores y respetuosos de su propia historia. Verdaderos maestros en el arte del pesimismo defensivo, fueron los primeros en tratar los rumores con respeto, dando lugar a su posible veracidad y consecuente peligro. Desde el primer aviso, acudieron a mi para ponerme al tanto de sus preocupaciones, pero yo cometí el error de desestimarlos, como el resto de las parcialidades lo hace ahora conmigo. Al menos, en esta ocasión, los desestimados somos más numerosos que antes.

El desafío no es menor. No resulta fácil convencer a los purmamaracas, tumbayas, tilianes, yalas, yavis, chuyes, quilatas, casabindos y argamasas. Especialmente a estos últimos, pueblo orgulloso que confía demasiado en sus propias fuerzas. Más importante que las advertencias de los Antiguos son sus propios deseos sobre el futuro. Para ellos, el ayer nunca puede definir el mañana. El porvenir está abierto y, por lo tanto, no se padece, sino que se construye. Si alguien desea interponerse en su camino, tendrá que vérselas con ellos. Le temen más a la cobardía que a la muerte. El Futuro Negro —y cualquier otro rumor que circule por el Valle— representa para ellos un sonido más de la naturaleza, no más importante que el de las alpacas o los cóndores.

Las parcialidades incrédulas no solo se ven asediadas por nosotros, sino también por las olas de rumores que no se detienen. Llega una cuarta ola de rumores, una quinta y una sexta. Cada nueva ola de rumores es más preocupante. Es más precisa que las anteriores y tarda menos en llegar. No es difícil comprender que el proceso se está acelerando, que el peligro crece, que la materialización de las amenazas se acerca. Cada nueva pieza de información que llega desde el Norte es un triste cachetazo para las parcialidades. Una a una, se van convenciendo de que el peligro es real.

Llega un día en que todas las parcialidades aceptan que el Futuro Negro es inminente. Este acuerdo genera, por supuesto, nuevas divergencias. En esta nueva etapa de desencuentro, las discusiones se mueven hacia cómo deberían reaccionar las parcialidades ante lo inevitable. Algunas posturas hablan de resistencia, otras de negociación, otras de exilio hacia el Sur.

Yo dudo. Dudo como nunca.

Está claro que los argamasas resistirán. Es posible acusarlos de temeridad, pero no de tener ideas difusas. Solo una persona de su comunidad participa de los cada vez más tensos debates de la Federación. Es un representante poco importante que se limita sobre todo a escuchar. No están interesados en debatir y el resto de las federaciones ya saben lo que piensan. Pelearán de cualquier manera, solos o junto a nosotros. En lugar de asistir a las deliberaciones públicas, prefieren dedicar su tiempo a prepararse.

Los urquías, precavidos hasta la exasperación, se debaten entre la negociación blanda y el exilio. La idea de una matanza generalizada los aterroriza. Promueven una postura unificada que, en lo posible, no sea enfrentar de manera abierta a la tromba imperial que baja por la cordillera como un río crecido. A pesar de su conocimiento de la historia, se resisten a admitir que pelear y morir sea el único camino posible.

Al final de intensas noches de deliberación, no hay acuerdo entre las parcialidades. Así es la vida, por difícil que parezca cuando uno reflexiona en soledad sobre el desacuerdo. Cuando se le presentan caminos divergentes y fundamentales, el hombre está irremediamente solo. Se debe no a los demás, sino a sí mismo. Se debe a sus creencias, a sus más fuertes convicciones sobre cómo se debe vivir y morir.

Algunas parcialidades comienzan a preparar la mudanza hacia el Sur. Otras, envían emisarios hacia el Norte, para entablar negociaciones tempranas. Otras, se preparan para pelear hasta el final.

El Futuro Negro llega por fin a la región de la quebrada. Tiene la forma de conquistadores implacables. Los rumores nunca fueron infundados.

Cada parcialidad corre una suerte diferente. Algunas se exilian a tiempo, otras se retiran en medio de un enorme desorden. Las parcialidades norteñas que desean colaborar, son escuchadas y entran en durísimas negociaciones. Las que se resisten son arrasadas. Este borrado de los

pueblos reacios es un hecho en sí mismo, pero también un mensaje hacia las parcialidades sureñas, aquellas que seguimos en la lista.

Contrasto el sólido avance de los conquistadores con unas indelebles palabras de mi padre: “La justicia es una expresión más de la naturaleza. Todo corrimiento de ese eje —toda injusticia— no es más que una deformación temporal. Está condenada a no perdurar, a remediarse. La crueldad no es diferente. Es solo una de las formas perversas de la injusticia que crea en el futuro su contraparte, la venganza. Los crueles de hoy recibirán la crueldad de mañana.”

Estas palabras resuenan en mí, aunque no les encuentro utilidad. No veo cómo podría utilizarlas de una manera concreta ante el avance de los conquistadores. Sin embargo, me generan una formidable sensación de paz. Me sugieren que las consecuencias de nuestro accionar, y del de los conquistadores, está más allá de nosotros. Esa aparente incertidumbre es, en realidad, la más grande certeza.

Amparado en la idea de una justicia superior y fundamental, nuestras opciones se convierten en meras circunstancias de la historia. A fin de cuentas, no importa demasiado lo que hagamos. El control sobre semejante acontecimiento histórico, tantas veces anunciado por los Antiguos, es casi una ilusión. Desposeídos de nuestra capacidad de cambiar el curso de la Historia, los caminos se reducen a uno solo: hacer lo que creemos correcto.

Me sitúo en la mirada de los posibles sobrevivientes, de sus hijos, de los hijos de sus hijos, de nuestros antepasados, de los dioses. Profundizo el ejercicio y me vuelvo suelo. Del mismo modo, me vuelvo flores, me vuelvo brisa fresca de verano, me vuelvo lluvia llena de vida. Desde esas nuevas perspectivas, logro alcanzar una comprensión absoluta, cabal, prístina.

Estamos listos para la muerte, pero no la vamos a buscar. Decidimos agotar los caminos de la vida, como paso fundamental para afrontar en paz nuestra entrada al otro mundo. Nuestros emisarios ofrecen a los conquistadores colaboración, en los términos en que siempre la hemos ofrecido: en paz, en libertad y en honra. Les proveeremos lo que necesiten sin necesidad de conflictos. La respuesta no es negativa, pero exige condiciones inaceptables: cambios en las vestimentas, mover nuestros cultivos a maíz y quinoa, entregar mujeres y niños para rituales y sacrificios.

La dignidad, destino ineludible y mortal, nos empuja a la resistencia. Enviamos a las mujeres y los niños hacia el Sur. Los hombres, nos

preparamos para pelear.

Los Incas llegan a la colina de nuestra parcialidad. Tenemos la fuerte sensación de estar viviendo nuestro último día. Peleamos como pumas, pero ellos son más y están mejor armados. En una tarde nos someten. A mí me capturan, me torturan y me obligan a ver la muerte vejatoria de mis hijos varones que, hasta hace un instante, peleaban junto a mí. Transito la experiencia con un dolor descomunal, imposible de describir con palabras, pero también con una inquebrantable tranquilidad interior. Me siento muy libre, desapegado, con un pie afuera de este mundo. Una honda necesidad de mirar el sol, la tierra rojiza y los cardones por última vez me mantienen ajeno a los tormentos descargados sobre mi cuerpo. En un momento, mis ojos reventados a golpes no pueden ver más, pero entonces repaso estas últimas imágenes en mi memoria. Cansados de espolear en vano mi serenidad, los Hijos del Sol terminan por matarme.

Ley de Milongas democráticas, inclusivas y solidarias

Mi nombre es Luis Controllatore, aunque la mayoría de las personas me conocen como El Tano. Tengo 48 años. Soy un apasionado de la política, la historia y la sociología. Amo por sobre todas las cosas a nuestro hermoso país, la República Unitaria de Mosquera, cuna incuestionable del tango. Sufro sobremanera con el estado de situación en que nos encontramos, presos de una decadencia interminable, sin dudas atribuible a unos pocos que durante décadas se han aprovechado de las grandes mayorías. Tengo pocas certezas en mi vida, pero una de ellas es que nuestro drama solo tiene solución si esas mayorías logran una intervención más firme a través del noble dispositivo que es el Estado. Como trabajador estatal desde hace treinta años, cada día me levanto con esa firme convicción en mi cabeza y en mi corazón.

Con ese fuerte deseo de contribuir a un futuro mejor he concebido este Proyecto de Ley, cuyos artículos aspiran a llevar estos ideales de una sociedad más justa e igualitaria al mundo del tango, la danza nacional y popular por excelencia. Y qué entorno más adecuado para hacerlo que el deslumbrante episodio social de las milongas, esto es, el evento donde los amantes del tango se juntan a bailar.

Debo admitir que mis conocimientos sobre el tango fueron siempre limitados. Primero, nulos, ya que el tango estaba fuera de mi radar cultural. Y más tarde, alcanzada la madurez intelectual, resultaron ser muy teóricos, más producto de mis lecturas que de mi experiencia material. Cada día que pasa, este hecho me avergüenza un poco más. Yo, un enamorado de mi país, un ferviente creyente de lo nuestro, me descubro siendo un extranjero más con respecto a nuestra expresión artística más lograda. Me queda el tonto consuelo, al menos, de comparitr esta triste realidad con la mayoría de mis compatriotas. Las razones para este verdadero autogenocidio cultural son difíciles de aceptar, pero no de comprender. Las potencias hegemónicas del planeta han sabido, también, colonizarnos en el plano cultural.

A un nivel inconsciente, progresivo, siempre supe de esta carencia formativa. Fui construyendo este amargo diagnóstico con lentitud, en un

lejano segundo plano. Mi ignorancia nunca llegó a representar un escollo. Tampoco una humillación, como la que dicen sentir los mosquerianos que viajan a otros países y no saben qué decir cuando los extranjeros les preguntan llenos de ilusión si saben bailar tango. Por desgracia, no he tenido la fortuna de viajar al exterior, más allá de haberlo hecho con pasión a través de los libros. Sin embargo, esta cómoda lejanía se vio perturbada en 2020, con la implacable llegada pandémica del Covid.

Pasados los primeros meses de la pandemia y observando la experiencia de los países asiáticos y europeos, no fue difícil comprender que sería necesario diseñar y aprobar protocolos para cada una de las actividades de nuestras vidas. El tango no era la prioridad, pero sin dudas no sería la excepción. Cada actividad iba a tener que esperar su turno en función de su importancia contextual, definida por supuesto desde la esfera del Estado. Esto era lo más lógico del mundo.

Por eso dolió que una parte de la comunidad tanguera, compañeros al fin y al cabo, decidieran de un modo por demás egoísta no esperar su turno. Mucho antes de que la pandemia lo permitiera, estos verdaderos irresponsables osaron juntarse a bailar en los parques, al margen de la ley. Sin permisos, sin protocolos y sin culpas, poniendo en peligro al resto de la sociedad. Es difícil de creer, pero así es cómo sucedió.

Esta flagrante violación de la ley y del sentido común generó reacciones previsibles. Por un lado, la desesperada exigencia de cuidado por parte de un pueblo aterrorizado. Por otro, una mayor celeridad en la creación de un protocolo específico para las milongas que permitiera encuadrar a estos verdaderos criminales, pero también dar una salida al resto de las milongas que, con paciencia y responsabilidad, esperaban a que su turno llegara. Podían hacerlo, claro está, gracias al apoyo económico que les brindaba el Estado.

Así fue cómo la tarea de elaborar un protocolo se volvió imperiosa. El artefacto elegido para dar una solución a esta necesidad social fue la *Comisión Interdisciplinaria y Participativa Responsable del Diseño del Protocolo Covid-19 para la Organización de Milongas*. Un poco por azar y un poco por desenvolvimiento natural de los acontecimientos, mi persona fue decantando como el responsable de facto en la creación del contenido del protocolo. De ningún modo era mi intención que así fuera, pero ante los desafíos críticos que se iban presentando no tenía otra alternativa que hacerme cargo. De hecho, como ya he admitido con pesar,

mis conocimientos de tango eran muy limitados. Sin embargo, tenía la responsabilidad moral y ética de poner mis herramientas académicas, por muy teóricas que fueran, al servicio de las urgencias de la hora. Ocurría además que el conocimiento — y el compromiso, debo decirlo — del resto de los miembros de la Comisión no sobraba. El único que realmente sabía del tema era Federico Derrodillas, el representante de las milongas en la Comisión. Sin embargo, no era difícil advertir que, dado su rol, no podía asumir la representación del Estado. Alguien más tenía que hacerlo y yo no estaba dispuesto a esconderme. Así, de ese modo no exento de dificultades, fue como logró concebirse un protocolo que considero histórico. Por suerte, gracias a las nuevas tecnologías, cualquiera puede encontrar el resultado de ese titánico trabajo buscando en Internet.

Esta experiencia traumática pero hermosa me llevó a profundizar a velocidades *boltianas* en el mundo real del tango. Por primera vez, tuve que comprender de verdad qué era una milonga. En tiempo récord, debí hacer carne cuáles eran, dónde estaban, cómo funcionaban, quiénes iban. La cantidad de nueva información era monumental. Iba desde lo burocrático y administrativo, hasta las más mínimas sutilezas y códigos sociales, pasando por el baile, la estructura del evento, las instalaciones, etc.

Sin dudas, la relación más enriquecedora dentro de la Comisión fue la que pude establecer con Derrodillas. Gracias a su conocimiento y generosidad, aprendí muchísimo sobre el tango y las milongas. No solo me informó sobre los pormenores históricos y sociológicos, sino que también me proveyó material audiovisual y, haciendo uso de ese soporte, me explicó con infinita paciencia la dinámica de este verdadero patrimonio cultural viviente. Siempre le estaré agradecido por eso.

Hoy en día, me es casi imposible poner en palabras la avalancha de emociones que me despierta el tango. Podría decir que siempre lo había sentido, aunque fuera de manera remota e intuitiva. Pero luego de profundizar en la materia, esa semilla se expandió en mil ramas y explotó en un millón de flores. Me resulta una expresión artística sencillamente espectacular. Una experiencia sensorial y emotiva arrolladora. Un universo que con su potencia y sensibilidad me emociona hasta las lágrimas.

Como suele ocurrir cuando uno se enamora, semejantes sentimientos me llevaron a un espejismo, a una ingenua idealización inicial. Sí, se despertó en mí una pasión ciega que me condujo a un

inesperado *metejón* adolescente. Pero también al inevitable desencanto posterior, cuando uno descubre que la realidad no está pintada de rosa.

Así fue como descubrí que algunas esquinas del fascinante mundo del tango no son tan felices. No al menos para mí. A medida que me empapaba sobre el tema, una sutil incomodidad crecía en mi interior. Sentía cada vez más que una parte de aquel mundo negro, nostálgico y adictivo no estaba bien. Al comienzo era tan solo una sospecha, un lejano palpito. Por suerte, a esa altura de mi vida, había aprendido a escuchar esas corazonadas. Había aprendido que, por lo general, detrás de ellas se esconde la verdad. Así que me mantuve abierto a ese nuevo mundo que se desplegaba ante mí, con la firme intención de aceptarlo todo, de comprenderlo todo, de tolerarlo todo, pero nunca al impagable precio de traicionarme. Por eso me fue imposible desactivar mi destacada capacidad de análisis. Créanme cuando les digo que no tenía ninguna intención de cuestionar esos usos y costumbres que tenían casi un siglo de vida. La sola idea de entrar en conflicto con el mundo del tango, una tierra que consideraba sagrada, me generaba una enorme angustia. Muy por el contrario, lo único que yo deseaba era comprender. Y creo poder decir con alegría, y con cierto orgullo, que pude hacerlo. Al fin y al cabo, de eso se trata este Proyecto.

Son tantas las aristas del tema que no me resulta fácil comenzar a abordarlo. Si tuviera que resumir los aspectos desagradables de las milongas en pocas palabras, diría que me espanta el liberalismo salvaje que allí reina. Es la mismísima ley de la selva. Esa que tanto despreciamos y combatimos nosotros, los sensibles sociales.

Si una imagen puede resumir esa apreciación, es aquella que muestra a las personas que se quedan sin bailar toda la noche. Personas frágiles, sensibles, que destinaron tiempo, recursos e ilusiones para estar allí y bailar aunque sea unas pocas tandas (nota: una tanda es un conjunto de tres o cuatro tangos). Sin embargo, las vemos sentadas a un costado de la pista la noche entera, ignoradas, olvidadas, excluidas. Aunque no les veamos las lágrimas, es claro que están llorando por dentro. Esto no me lo han contado, no es producto de mi imaginación, sino que lo he visto con mis propios ojos en los videos que me ha mostrado Derrodillas.

Las razones que explican tan agria situación son varias. El desbalance en la cantidad de bailarines de cada uno de los roles. La diferencia en los niveles de baile. Las apariencias físicas incompatibles con los estándares

arbitrarios de esta sociedad de consumo — cómo duele, carajo — en la que nos sumerge el capitalismo inhumano que gobierna nuestras sociedades.

Al mismo tiempo, en el mismo lugar, encontramos personas situadas en la cúspide de la pirámide milonguera, ejerciendo sin límites su talento, su belleza o su poder económico. O todo junto.

Personas que acceden y promueven el exclusivo lujo de bailar con los mejores, incluso más de una vez, solo porque bailan mejor. Privilegio de raíces injustas, como ocurre siempre. Un nacimiento en cuna de tango, con familia o círculo cercano que proveyó una enseñanza temprana. Una posición económica lo suficientemente acomodada como para tomar clases. Una situación familiar y/o social libre de conflictos que permitió dar continuidad al crecimiento del baile, sin interrupciones o interferencias de fuerza mayor.

Personas portadoras de una belleza arbitraria, cualidad que habilita una mayor tolerancia por parte del prójimo, ya sea para aprender, para bailar o para socializar. Nos guste o no nos guste, las personas bellas tienen una mayor aceptación y, por lo tanto, unas mayores oportunidades. Y nos guste o no, esa es una injusticia que debe ser contrarrestada.

Personas que, más allá de su nivel de baile o belleza, tienen un poder económico que vuelca las posibilidades a su favor. Hablamos de disponer de tiempo y dinero para asistir a muchas de las mejores clases, participar de los mejores eventos (con los mejores bailarines), de acceder a las mejores ropas y zapatos, de forzar con la engañosa generosidad del dinero círculos sociales más favorables para el desarrollo del baile. Lo diré sin pelos en la lengua: la posibilidad de comprar voluntades.

¿Son justas estas exclusividades? ¿Es esta realidad democrática, inclusiva, solidaria? Pues claro que no. Por esa razón es que la sociedad, a través de sus instituciones de acción colectiva, tiene la obligación moral de intervenir. Para nivelar posibilidades y conducir el comportamiento social milonguero en una dirección más humana. Por suerte, a esta altura de la civilización, contamos con las herramientas necesarias para atenuar esos excesos del comportamiento humano librado a sus instintos. Estoy hablando del Estado y sus leyes. En este caso, mi propuesta es hacerlo a través de una ley, en cuyo proyecto he estado trabajando durante los últimos meses.

A continuación, iré desgranando sus aspectos principales incluyendo el contexto que les da fundamento. Procuraré hacerlo viajando desde las panorámicas vistas de lo general a la necesaria granularidad de lo particular.

Como estas líneas no tienen más objetivo que el de ser una atractiva introducción, iré intercalando los artículos más destacados a medida que nos adentremos en el Proyecto. Quedará así planteado un esquema de problema-solución a medida que avancemos.

Sin lugar a dudas, una de las raíces más desestabilizadoras de las milongas es la diferencia en la cantidad de bailarines de cada rol. Por lo general, se encuentran más personas del rol femenino que del masculino, aunque algunas veces (por ejemplo, cuando el evento es gratis o a la gorra) ocurre lo contrario, con las mismas indeseables consecuencias. El desequilibrio entre los roles conduce, de una forma u otra, a que muchas personas se queden sin bailar o bailen muy poco. Créanme que se le rompe a uno el corazón cuando ve a una persona sentada, mirando y sin bailar, tanda tras tanda. Una persona que tal vez esperó e imaginó durante días ese momento, que se puso linda para la ocasión, que tuvo que pagar un taxi ida y vuelta, que pagó su entrada, pero que al momento de la verdad no puede bailar, simplemente porque hay demasiada competencia dentro de su rol.

- La cantidad de bailarines por rol será regulada, de modo tal que en la milonga haya una misma cantidad de bailarines para cada rol. La implementación de la medida quedará a cargo de cada milonga, ya sea mediante reservas previas, controles en la entrada u otros medios. En todo caso, será necesario que los bailarines firmen una declaración jurada con sus datos básicos y el rol que esperan desempeñar en la milonga.

Garantizado el equilibrio dentro de la milonga, ya hemos realizado un gran avance. Sin embargo, los problemas están todavía lejos de desaparecer. Podemos decir que esa paridad es una condición necesaria pero no suficiente. Aun equilibrando la cantidad de bailarines por rol, es muy posible que haya personas que todavía no puedan bailar. Por lo tanto, es necesario ir un paso más allá.

- La persona que ingresa a la milonga tendrá garantizadas por lo menos tres tandas de baile y las bailará con la persona que elija. Cada milonga tendrá la libertad de fijar su propio número de milongas garantizadas, siempre que se respete ese mínimo. Para implementar esta regulación, la milonga entregará a cada asistente tres vales. La persona tendrá derecho a utilizar estos vales para solicitar sus tandas. Para hacerlo, simplemente se levantará, se dirigirá a la persona con

quien desea bailar y le entregará el vale. Este procedimiento compromete al solicitado a acceder. La tanda deberá ser bailada de manera completa. De negarse a hacerlo, el solicitado será obligado a retirarse de la milonga.

- Los vales no serán reutilizables. La implementación de este requerimiento quedará a cargo de cada milonga. Como recurso de referencia, se sugiere que el vale sea roto al ser entregado.

Como puede observarse, la intervención de la sociedad en la jungla de las milongas va configurando un escenario mucho más amistoso, donde todos tienen la posibilidad de bailar, más allá de los privilegios de origen que ostentan. Y lo bueno es que los más privilegiados también bailan. Es más, bailan más que antes, ya que con seguridad serán los más demandados por el público. ¡Qué lindo es ayudar a mejorar el mundo del tango y, a través del mismo, al mundo entero!

El próximo paso lógico consiste en adelantarse al hecho de que habrá personas que se negarán a bailar a cambio de los vales. Es una verdadera lástima que tengamos que llegar a ese punto. Lamentablemente, hay personas que se resisten a entender el concepto de fraternidad. Egoístas, elitistas y clasistas que solo desean el beneficio propio, representado en este caso por el placer hedonista de bailar tan solo con otros privilegiados y no con aquellos que más lo necesitan. ¿Cómo progresarán los principiantes si los más avanzados no los ayudan a aprender, a practicar, a experimentar la posibilidad de un baile mejor? Como también ocurre a nivel social, la historia demuestra que es imposible lograr que estos personajes entren en razón por las buenas.

Por suerte, la sociedad ha sabido concentrar el poder suficiente para alinear a los díscolos. La respuesta al desafío es muy sencilla: la persona que no acepte los vales será expulsada de la milonga. ¿Y cómo se resolverá ese conflicto a un nivel más detallado? ¿Que deberá hacer el solicitante cuando se enfrente al rechazo del solicitado?

La clave consiste en resignificar la infraestructura y los roles que creamos como parte del *Protocolo COVID-19 para la Organización de Milongas*. Para quienes no lo recuerden, en la Comisión habíamos concebido la innovadora figura del *Árbitro de distancias*, quien tenía a su cargo controlar no solo la distancia entre las personas sino también el resto del Protocolo. Para evitar abusos de poder, la milonga era filmada y el amonestado podía pedir una revisión del material fílmico (VAR). Para ello,

habíamos dado nacimiento al rol de *Asistente de videos*. Por último, el caso podía ser revisado a posteriori por otro rol colegiado que también habíamos creado, el *Tribunal tanguístico de disciplina*. Es relevante mencionar que estos roles eran financiados por el Estado y no representaban ningún costo adicional para la milonga.

La solución, entonces, es hacer evolucionar estos roles. El Árbitro de distancias pasa a ser el Árbitro. El Asistente de videos conserva su nombre. Y el Tribunal de disciplina, también. Además, como consecuencia lógica, se da continuidad a la filmación de la milonga.

- Ante el rechazo del vale, la persona damnificada acudirá al Árbitro para solicitarle la impartición de justicia. Respetados los procedimientos establecidos, el Árbitro posee la potestad de exigir al infractor el abandono de la milonga. De resistirse, se convocará a la autoridad policial.

El Proyecto rejuvenece estos roles en crisis, luego de que las brillantes políticas gubernamentales obligaran al Covid a retroceder. Los actualiza, los energiza y los empodera. Tienen ahora la fundamental tarea de contribuir desde sus lugares en la comunidad tanguera a una sociedad más equitativa.

Hay un dato accesorio, pero no por eso menor, que debe señalarse. Gracias a este Proyecto, no solo se hace un aporte a la mejora del mundo, sino que las fuentes laborales de quienes ejercían los roles en crisis quedan ahora garantizadas luego de correr un grave peligro. Lo mismo cuenta para los proveedores de material filmico y mantenimiento. Más que trabajadores, verdaderos héroes anónimos que, en tiempos de emergencia, se la jugaron en asumir una gran responsabilidad. Hablamos de cientos de familias en riesgo de perder su sustento si volviéramos a la milonga tal como la conocíamos.

- Todos los puestos laborales creados por el Estado en ocasión de la pandemia de COVID-19 serán garantizados, mediante la reconversión funcional y nominal de los mismos acorde a los objetivos de la presente Ley.

Nunca la humanidad resolverá la totalidad de sus problemas. Este caso no escapa a esa triste regla que, sin embargo, constituye el motor del progreso. Algunos conocidos liberales — no podría llamarlos amigos — sugieren que el sistema propuesto por este Proyecto fracasará. Recurren a

los mismos argumentos individualistas de siempre. Prefieren la resignación cínica a la utopía. Señalan que “de cumplirse los castigos que prevé la Ley, los mejores bailarines simplemente dejarán de ir a las milongas. Aunque por supuesto no dejarán de bailar. Lo que harán es organizar sus propias milongas clandestinas, entre ellos, como lo hacían en tiempos de Covid. Lo harán en una casa, en un salón propio, en cualquier lugar donde el poder de esta Ley no llegue. Y el resto de los bailarines, además, aspirará a acceder a esos lugares, para poder bailar con ellos.”

Pues bien, déjenme adelantarles que eso no sucederá. Los iremos a buscar a sus reductos narcisistas, como hace un año fuimos a buscar a los irresponsables que bailaban en los parques sobre los cadáveres que se había cobrado el Covid. Iremos con la política, con las leyes y con las autoridades policiales. Y cuando los encontremos, les aplicaremos el máximo rigor de los códigos.

- La organización de milongas clandestinas como medio de evasión de la presente Ley será considerada como un factor agravante de un delito ya existente, el de la organización de eventos sin habilitación correspondiente.

A muchos compañeros les digo: no debe temblarnos la mano a la hora de defender este Proyecto. Puede parecer duro, pero mucho antes que eso es justo. Tiene objetivos dignos, mayoritarios, populares: un acceso más ecuánime al conocimiento del tango, la expansión de esta expresión artística tan auténticamente nuestra y la posibilidad de explorar esta rama del arte sin ser marginado por ser principiante. En pocas palabras, es un Proyecto que busca la felicidad del pueblo. Es por eso que no estoy dispuesto a ceder a las tórtolas objeciones de los moderados y les pido que me acompañen en mi intransigencia. No tengo por qué pedir permiso — ni mucho menos perdón — para poner mi ardiente sangre italo-argentina al servicio de los demás. Ya sabemos, de hecho, que a los tibios los vomita Dios.

Receta para una polenta inolvidable

Poca prensa tiene la polenta. Son muy pocos quienes se declaran sus fanáticos, quienes la mencionan cuando se les pregunta por su plato favorito o quienes la incluyen entre sus experiencias gastronómicas inolvidables. Quizás menos todavía sean quienes la piden en un restaurante, quienes la anuncian para agasajar invitados o quienes se enorgullecen de tenerla entre los platos mejor logrados de su cocina.

Yo soy uno de esos pocos.

Semejante exclusión de la polenta quizás se deba a la simplicidad de su concepto, de su preparación y/o de su presentación. O a su bajo precio. Tal vez esa sea la única idea que tenemos de ella. Lo más probable es que, tras años de creciente pobreza argentina, hayamos empujado a la noble harina de maíz a convertirse en sinónimo de alimento barato. En desesperado último recurso de los que menos tienen.

Esa triste realidad no puede ser ignorada, pero tampoco debe impedirnos seguir adelante con el conocimiento y la preparación de la polenta inolvidable. A los fines de este escrito, lo mejor que podemos hacer es tener esa realidad siempre presente, agradecer nuestros alimentos y no privar a la polenta del respeto que se merece.

La receta que vengo a proponer está compuesta por tres elementos: la polenta en sí misma, el queso que se derretirá debajo y la salsa bolognesa que se derramará encima.

Existe un cuarto elemento deseable, pero no obligatorio: el invierno. Pocas cosas son más reparadoras en la penosa vida invernal que un buen pullover, una ducha caliente y una polenta inolvidable. Por el contrario, preparar la polenta en verano es una decisión muy respetable, pero que sin dudas mal predispondrá a los comensales más escépticos.

El elemento más sofisticado de la receta es la salsa bolognesa. Para elaborarla, avanzaremos de un modo bastante tradicional. Como primer paso, rallaremos o cortaremos en pequeños trozos zanahoria, pimiento, ajo y cebolla. A continuación, cocinaremos estos ingredientes durante unos minutos con un poco de aceite. Luego agregaremos la carne picada especial. Una buena cantidad de carne picada especial. Nadie debe pensar en ningún momento que la bolognesa tiene poca carne. En efecto, lo que buscamos es

justamente lo contrario. Junto a la carne, agregaremos sal, pimienta y orégano. Mezclaremos todo hasta lograr una masa uniforme. Cuando la carne esté cocida, procederemos a agregar la salsa de tomate. Bajaremos el fuego al mínimo y dejaremos reposar todo lo posible, con paciencia oriental, para que todos los ingredientes se fundan en un gusto más consistente. Estamos hablando de hasta una hora y media, aunque en caso de emergencia podremos conformarnos con media hora. Durante esta cocción lenta es muy posible que sea necesario agregar más salsa de tomate o agua para que la bolognesa no se reseque.

Durante ese tiempo de cocción, haya invitados o no, disfrutaremos de una deliciosa y sencilla picada. Algún quesito duro, con pancitos, tomatitos y aceitunas. Y por supuesto una copa de buen vino tinto.

Sin dudas, la salsa bolognesa encuentra un obstáculo, o una oportunidad, entre los vegetarianos. Debo decir que los respeto profundamente y me veo tal vez, en el futuro, como uno de ellos. Por eso, antes de agregar la carne a nuestra receta, es el momento de hacer divergir la salsa en dos direcciones. Por un lado, la tradicional con carne, ya descripta. Por otro, la versión vegetariana. Luego de miles de variantes experimentadas, he llegado a la conclusión de que la mejor opción para ocupar el posible vacío que deja la carne son las arvejas. A partir del momento de la divergencia, las dos salsas se cocinan en paralelo, de la misma manera.

Preparar dos salsas no solo es una muestra de apertura, consideración y progresismo político, sino que además nos genera un enorme prestigio como cocineros. Hoy en día, a duras penas, las personas preparan una sola salsa y lo hacen a las apuradas. Pero nosotros, maestros máximos de la cocina, prepararemos dos y, en lo posible, con tiempo. No debemos tener ninguna duda de que nuestro esfuerzo será recompensado, por lo menos, con efusivas palabras y miradas de agradecimiento. La mejor manera de responder a estos gestos será con ligera falsa humildad, acudiendo a lugares comunes como “no es para tanto”, “es una pavada” o “faltaba más”.

Listas las salsas, moveremos nuestra atención hacia el queso, ingrediente fundamental de esta receta y de la vida. Si bien no es necesario un tipo específico de queso, sí es absolutamente necesaria una propiedad del mismo. Y en este punto se juega buena parte del éxito de la receta. El queso debe poder derretirse lo suficiente como para que, cuando el comensal se lleve un bocado a la boca, se generen interminables hilos de queso entre el

plato y el tenedor. Los hilos de queso deben ser tantos y tan elásticos que generen directamente un problema. El inconveniente, lejos de importunar al comensal, lo transportará a la infancia, al juego, a alguna pizza memorable. Tal vez sin conciencia de ello, muy en el fondo, sabrá que está viviendo un momento feliz. Un momento que en el futuro se volverá imborrable. Reirá, sin saber bien por qué. Si este efecto no llegara a lograrse, todo habrá sido en vano. Tendremos un resultado bastante equivalente a haber tirado unos fideos en el agua y, de mala gana, haberlos servido con sal y manteca. En caso de que las instrucciones con respecto al queso hayan sido demasiado abstractas, lo que recomiendo es buscar un buen queso cremoso, aunque admito que ciertas mozzarellas también podrían satisfacer, inclusive con creces, las necesidades emocionales de los hilos colgantes de queso.

La polenta inolvidable debe servirse en platos hondos, sin excepción. Si se trata de platos con diseño *vintage*, tanto mejor. Dispuestos los platos uno junto a otro, vacíos y todavía en la cocina, el primer ingrediente a posar sobre la base de los mismos serán varias fetas de queso. Para que el futuro nos ilumine el presente, me adelanto a señalar que el objetivo será que la polenta hirviente se sirva sobre el queso y, con su calor italo-argentino, lo derrita.

Con el queso ya servido en los platos hondos y la salsa lista esperando, estamos en condiciones de abocarnos a nuestro tercer elemento: la polenta en sí misma. Cualquier polenta estará bien. Desde la más sofisticada, para tratar de sacar el máximo valor de la categoría polenta, hasta la más accesible, para rendir homenaje al carácter popular de este manjar amarillo anaranjado.

Lo que sí será importante es utilizar leche. Por lo menos, para la mitad del líquido requerido en la preparación de la polenta. Esto le dará una consistencia más sólida, como la que sentimos al tomar un vaso de leche en lugar de tomar uno de agua. Y si es cierto lo que dicen las publicidades, ahora muy cuestionadas, nos proveerá además de una dosis extra de calcio y vitaminas.

Una vez volcado el líquido en la olla, salaremos. Calentado y presto a llegar al punto del hervor, comenzaremos a volcar la polenta con lentitud, en clásica forma de lluvia. Con esto intentaremos evitar los grumos, una especie de *abc* de la preparación de la polenta. Si la polenta obtenida llegara a tener grumos, entonces será mejor tirar todo y comenzar de nuevo. De otro modo, seremos un justo blanco de críticas.

Las primeras veces que preparemos la polenta inolvidable será válido separar la cantidad indicada por el paquete antes de comenzar. Pero con el correr de las experiencias, pasaremos a hacer llover el contenido de manera directa desde el paquete, midiendo las cantidades con nuestros ojos, nuestra memoria y nuestro corazón. Nada más ni nada menos que la imagen de un gran cocinero de polenta que cualquier mortal querría llevarse en la retina.

Cuando soltemos la polenta sobre el líquido por primera vez, el fuego estará fuerte para compensar el frío de la polenta que se agrega a la olla. Sin embargo, a medida que la polenta vaya absorbiendo la leche-agua, la misma se irá haciendo más espesa y comenzará a generar unos borbotones algo explosivos para liberar el aire inferior dentro de la olla. Para evitarlos, bajaremos el fuego paulatinamente.

Toda esta magia ocurrirá en tan solo uno o dos minutos, por lo que nuestra atención en el procedimiento debe ser completa. Distracciones como el teléfono, el timbre o la picada son imperdonables.

Lista la polenta, significa que ya tenemos listos los tres elementos para servir el plato. Y aquí viene el momento clave, crítico, fundamental de la receta. Toda advertencia sobre la importancia de este instante es insuficiente. Se trata de las proporciones que utilizaremos. La regla es muy simple:

“A mayor escepticismo del comensal, mayor proporción de queso y bolognesa.”

Si el escepticismo es total (“no me gusta la polenta”), entonces nuestra respuesta será total. El objetivo brutal, descarnado, cruel será siempre uno y solo un solo: satisfacer al comensal a cualquier precio. Ante ese caso extremo, improbable pero posible, serviremos un noventa y nueve por ciento de queso y bolognesa, dejando a la polenta en un lugar testimonial, pero oficial y racionalmente válido.

De la regla que acabamos de exponer, se puede deducir un corolario no menos importante y, sobre todo, de gran elegancia. Tanto es así que he decidido utilizarlo para ponerle el punto final a esta receta:

“No existen personas que no gusten de la polenta, solo proporciones equivocadas de esta receta inolvidable”.

Una vida plegada de problemas

“Algunas personas no enloquecen nunca. Qué vida verdaderamente horrible deben tener.”
Charles Bukowski

Mi vida es verdaderamente horrible. No tengo problemas.

Ni siquiera esa calamidad es un problema.

Cualquiera pensaría que miento o estoy equivocado. “¡Una vida sin problemas, qué más podría pedir uno!”. El desacuerdo parece sensato, pero déjenme insistir en que ninguna vida podría ser peor. Bukowski y yo lo sabemos.

Más allá del posible debate, lo importante es que he encontrado una respuesta a ese infierno. No me atrevo a llamarla solución, pues como dije no es la respuesta a un problema. Describirla justifica escribir estas líneas. Y conocerla justifica leerlas.

Después de cenar, bebo una última copa de buen vino. Lo acompaño con una barra de chocolate. Mientras paladeo la sabia combinación, escucho música tranquila con el volumen bajo. El alcohol y el azúcar van tomando mi cuerpo hasta llegar a los párpados. Cierro los ojos y voy cediendo al placer del cansancio hasta que no tengo más remedio que rendirme al sueño.

Voy a mi habitación, me acuesto y me duermo en pocos minutos. La cama es grande, el colchón es firme y la almohada es mullida. Las sábanas son suaves, las frazadas contenedoras. Tengo un caloventor muy silencioso. Pero sobre todo, tengo una enorme paz interior.

Durante la noche, no me despierto. Estoy lejos de la calle y los vecinos no hacen ruidos. Y si los hacen, no los escucho. No necesito ir al baño durante la noche, es decir, en ningún momento tengo que abandonar la mullidez de mi cama. A veces recuerdo lo que sueño y a veces no, pero nunca tengo pesadillas.

Por la mañana, no necesito un despertador. Eso no me impide levantarme temprano, solo, como si mi cuerpo supiera con exactitud el tiempo mínimo de sueño que necesita. Ya despierto, me desperezo con lentitud como una inmensa ola viajando por el océano. Remoloneo. Me

revuelco felinamente de un lado a otro, mientras siento cómo la fiaca se desprende de mi cuerpo.

La habitación tiene una hermosa ventana que da al parque. Me gusta contemplarla antes de levantarme. No es raro que pueda ver palomas, zorzales y benteveos que van y vienen.

Una buena cantidad de años me llevó descubrir que mi normalidad es atípica. Las personas tienen una gran cantidad de problemas nocturnos. Para no extenderme demasiado, solo diré que padecen el reverso de todos los placeres que describí antes.

Una vez que me volví consciente de ese contraste, no fui capaz de ocultar la sorpresa. Se me notaba en la cara. Abría los ojos, la boca y fruncía el ceño. Terminaba por confesar a los demás que me parecía increíble lo que me estaban contando. ¡Qué desgraciados eran! Acto seguido, contaba mi propio caso, por lo general mucho menos interesante: no tenía ningún problema. Ni para dormir, ni ya levantado. Con el paso del tiempo, comprendí que mi transparente asombro era sentido por los demás como simple insensibilidad. Una falta de empatía de manual. Así era como, contra mi genuina voluntad, terminaba alejado de la gente. Debo confesar que no vivía ese estado de cosas como un problema. Más bien, se me representaba como una curiosidad.

La respuesta que concebí para afrontar esa singularidad podía resumirse de la siguiente manera: vivir problemas inexistentes. La definición era luminosa, un gran primer paso, pero todavía demasiado amplia.

Una aproximación inicial a esa idea consistía en referir problemas imaginarios. Dicho de otra forma, inventaba problemas en mi mente y los contaba como si fueran reales. Mentía. Había escuchado que muchas personas lo hacían, pero siempre tuve — y tengo — la certeza de que por otras razones. En teoría, se trataba de un camino que funcionaba bien, pero en la práctica resultó ser una experiencia demasiado pobre. No me generaba ninguna satisfacción idear barbaridades arbitrarias. “Ayer me caí de la escalera, por suerte salí ileso”, “He descubierto un hermano perdido, pero no me acepta”, “Todos los días sueño con un dragón que promete secuestrarme la próxima Navidad”. Mis chapucerías dichas así, en frío, no contagiaban credibilidad, ni afecto, ni empatía. La mentira lisa y llana, sin límites, aburría demasiado a los demás y a mí mismo.

En el otro extremo de posibilidades, encontré la obvia generación artificial de problemas reales. Los problemas ahora sí existían, más allá de su origen ficticio. Las consecuencias de esos problemas pasaban a ser muy concretos. Ya no inventaba que me había caído de la escalera, sino que me tiraba de verdad. Las consecuencias resultaban ser muy vívidas. Luego de pasar horas en terapia intensiva, llegaba en muletas al trabajo y podía contar una historia por demás palpable. Por supuesto, omitía decir que el accidente había sido inducido, pero el resto lo contaba con una gran expresividad. El efecto en los demás sí se producía. Sin embargo, una pierna rota era un precio demasiado alto por llegar a ese nivel de impacto. Digamos que autogenerar problemas reales tampoco me resultaba divertido.

Producto de mis cavilaciones, fui descubriendo que entre esos dos extremos crecía una riquísima variedad de posibilidades. Con el tiempo que provee la falta de problemas, fui explorando cada una de ellas y, como un catador inmortal, les dediqué pruebas y reflexiones. Por fin, llegué a concebir un abordaje que consideré propio y satisfactorio, si es que tal cosa resulta posible para alguien libre de problemas.

Se trata de plegarse a los problemas ajenos. Absorberlos, reelaborarlos y devolver una nueva versión, original y superadora. En lo posible, complementaria y no competitiva. Una que no eclipse la historia original, sino que se sirva de ella para correr los límites de la cuestión. Tal como lo hacen ciclistas o nadadores, significa chuparse detrás de quienes arrancan una carrera de problemas y, con la energía ahorrada, liderar una arremetida final que lleve a la cima del podio al flamante *problequipo*. Dicho de una última forma, hablo de parasitar la *problestela* que los demás van dejando tras de sí cuando narran sus interminables, recurrentes y grises problemas, con el noble objetivo de hacer un aporte cualitativo al cuadro final del relato en cuestión.

Entonces, si alguien hace un comentario sobre los ruidos del vecino y las consecuentes dificultades para conciliar el sueño, yo me monto sobre esa contrariedad. Me la adueño y la exploto en beneficio de mi propia búsqueda de un problema para contar. Respondo con mi historia personal sobre el tema, primero con timidez pero luego, ya ganada la confianza del otro, con insosegable determinación. A partir del relato ajeno, construyo una hermosa capa adicional de epopeya que se planta como una bandera en la cima del *problemonte* original. La historia del otro se confirma, pero también crece gracias a mi contribución. Así logro una memorable afinidad con los

demás, cimentadores fundamentales de las bases de mi relato. No solo me dan su aprobación, sino que también suelen regalarme su comprensión y hasta su hermandad.

“Sabés que a mí también se me cortó el gas el otro día. ¡El frío que pasé! Pero además, por si fuera poco, se me cortó la luz. Sí, ¡las dos cosas al mismo tiempo! ¡En pleno invierno! ¿En qué cabeza cabe? Imaginate, acostumbrado a tener la calefacción prendida todo el invierno, no tenía las frazadas a mano. Cuando me di cuenta que las necesitaba, ya no faltaba tanto para que suene el despertador y no valía la pena ir a buscarlas hasta el depósito en medio de la noche. O eso es lo que pensé, medio dormido. La cuestión es que casi me congeló. Ahora estoy super congestionado, ¡Seguro termino pescándome un resfrío!

Claro que nada de eso había sucedido, pero de algún modo misterioso yo lograba vivirlo con enorme realismo. Como puede apreciarse, iba tan lejos como fuera necesario y no ahorra ninguna humillación a la hora de narrar mi caso. Llegaba, inclusive, a utilizar expresiones imperdonables como “pescándome”.

Aunque la diferencia pueda parecer demasiado sutil, las historias no eran inventadas. Eso hubiera sido concebirlas desde la nada misma. Mucho más que una mentira, lo mío era una sofisticada forma de comprender a los demás. Gracias a ella, los conocía mejor, me acercaba a sus vidas y hasta me involucraba emocionalmente en sus vodeviles cotidianos.

Si los problemas nocturnos de las personas eran muchos, los del día parecían interminables. La comida, la limpieza, el transporte, las cuentas, etc. Miles y miles de conflictos triviales para preocuparse, exteriorizar y conectar con los demás. Y esos eran únicamente los que yo llamaba operativos.

Un paso más allá se encontraban los problemas que bauticé como situacionales. Problemas excepcionales y temporales, no menos jugosos a la hora de plegarse a ellos, como trámites, tratamientos, viajes, etc. Dios mío. En general, mi transcurrir *aproblemático* me mantenía alejado de esos padecimientos, así que aprovechaba mi sangrante círculo social para plegarme y experimentarlos. Por ejemplo, aprovechaba la necesidad de viajar de los demás para proyectar alguna escapada que de ningún modo encararía por mi propia voluntad.

“No doy más. Si no me voy unos días ya mismo, exploto. Tengo la espalda a-la-mi-se-ria, toda contracturada. No, no, no... no sabés lo que es

mi cuello. Y la cabeza, ni hablar [ubica los dos pares de dedos índice y mayor sobre las sienes]. Siento que me están dando con un taladro acá [lleva una mano hacia la nuca], en la parte de atrás. Te aviso, no sé si llego al jueves. Pero si llego, te juro por mi santa madre que en paz descanse que ese mismo día, cuando llegue a las termas, me meto en el agua caliente y no salgo hasta el domingo.”

Efectivamente, yo llegaba a las termas y sumergía mi cuerpo sano en las aguas curanderas, de jueves a domingo. Las disfrutaba en serio, más allá de que mi situación objetiva no fuera para nada terminal. De algún modo, no solo vivía los problemas fingidos, sino también la satisfacción de las respuestas que les daba. Mis palabras se volvían una especie de guante gamuzado, en el cual introducía mi vida entera como una mano. Lo hacía con cuidado, pero sobre todo con placer. Mi cuerpo apoyaba sus terminales nerviosas sobre la pared interior de ese vientre y la magia de la conexión me convertía en un viajero extasiado descubriendo tierras vírgenes. También disfrutaba el rastro nostálgico del después, quiero decir, el recordar con orgullo la toma de las “medidas imprescindibles para no explotar”. Vivía un trance de realidad virtual, pero avanzadísimo, todavía inconcebible para la ciencia moderna.

Agotados los problemas situacionales, los que titulaba personales eran el siguiente escalón. La vocación, el trabajo, las relaciones, etc. Abundantísimos, mágicos, exponenciales.

[Mira hacia abajo, cabizbajo, y hace un silencio. Luego, por fin habla.] “Estoy en la misma. Mi novia quiere dejarme. No puedo entenderlo. Nos llevamos bien, no hay grandes conflictos, pero ella dice que necesita algo más. Me habla de aventuras, de descubrimiento, de lo inesperado. No la entiendo, te juro que no la entiendo. No puedo seguirla. No sé qué voy a hacer, me estoy volviendo loco.” [Se agarra la cabeza y amaga con quebrarse.]

Detallar los pormenores del *plegamor* demandaría un libro entero. Por eso solo voy a limitarme a mencionar que este universo abría la puerta a la última y más elevada categoría de problemas. Los existenciales. A la hora de efectuar un pliegue, en este plano no existía la palabra límite. El plegador podía aspirar a la creatividad total. El pliegue pasaba de ser una mera técnica *problematoide* a convertirse en una verdadera expresión artística.

Después de todo, el arte es una de las pocas formas de abordar lo existencial, lo metafísico, aquello que es demasiado importante.

“Nada tiene sentido. Me resulta muy difícil evadir esa convicción. Ojalá pudiera creer en algo, aunque más no fuera una religión. Y mirá que lo intento, eh. Me meto en cualquier tipo de grupo, aunque esté lleno de desesperados. Voy a las reuniones, me aprendo los rituales, hago aportes de dinero. Pero no logro engañarme, siempre regreso a mi escepticismo más atroz, a la idea de la muerte más definitiva. Aún eso podría soportar, si no fuera por este sufrimiento que llevo encima y no me da tregua. Un padecer constante que no conduce a ninguna parte, o mejor dicho, que solo conduce a la certeza de la muerte. Una y otra vez, como tratando de escapar de un embudo, me pregunto qué sentido tiene esperar tanto. Para qué tolerar durante años esta tortura que me lleva siempre al mismo final sin remedio. Te lo digo más claro: no encuentro razones para no darme el balazo ahora mismo.”

Llegado a este punto del relato, está claro que soy un trastornado. Me delata mi carencia de problemas naturales, pero también mis métodos para sobrellevarla. Mirando el otro lado de la moneda, puedo afirmar también que soy un artista. Un escritor. Uno malo si se quiere.

Condenado a la búsqueda eterna de la precisión de las palabras, agregaría que recién ahora me acepto como un escritor consumado. Antes no era más que un proyecto. Resulta muy difícil ser un verdadero artista cuando no se tiene un mísero problema. Hasta hace poco, solo podía escribir sobre cuestiones inventadas. Cada vez que terminaba una nueva obra, la enfrentaba en silencio e intentaba descubrir algún sentimiento dentro de mí. No encontraba nada. La gente leía mis obras sin pena ni gloria. Algunos se proyectaban a sí mismos en ellas y me felicitaban. Creían ver en mí una persona viva, libre e intensa.

Por suerte, eso ha cambiado. Se lo debo a la técnica del plegado, ahora piedra basal de mi proceso creativo. Gracias a la experiencia acumulada en el mundo de los problemas, cierro los ojos y viajo al interior neblinoso de mis lectores. Como un piloto experimentado, sobrevuelo sus vacíos existenciales y aterrizo con delicadas maniobras sobre sus almas. *Almanizo* y camino sobre la fragilidad de esos campos crocantes. Cuando encuentro un terreno que me parece fértil, me acuesto boca abajo y lo abrazo. Hundo mis manos y mi rostro en esas arenas inhaderentes que lo

cubren. Me nutro hasta la embriaguez. Embebido de una íntima comprensión, escribo en primera persona sobre los amos de ese suelo.

“No tengo la menor idea de qué hacer con mi vida. Mi conciencia me lo recuerda a cada instante. No tengo momentos de paz. Ni cuando me levanto, ni cuando me acuesto, ni cuando me doy una ducha caliente. El asedio se transforma en agobio, sobre todo por la realidad que me revela. Intento mantenerme ocupado, distraído o estresado. Me junto con otras personas, aunque las desprecie. Miro la televisión al azar. En Internet, sigo la vida de personas que no conozco o, peor, en las que no creo. Leo muchísimo. Me aferro con desesperación a la pérdida de tiempo que son los autores contemporáneos. En la búsqueda estéril de inundar el fuego del sinsentido, les permito viciarme la cabeza con su intrascendencia. Algunos hablan sobre estos mismos temas, diría que inclusive con estas mismas palabras.”

Catalinos, o los espejos de Potemkin

Mucho se ha escrito sobre Catalina II, más conocida como Catalina la Grande, emperatriz de Rusia durante largos treinta y cuatro años (entre 1762 y 1796). Continuada del legado de Pedro el Grande, no solo amplió el territorio del Imperio Ruso, sino que impulsó con gran determinación la educación, la cultura y las artes.

Como parte de esa historia de expansión, también bastante se ha escrito sobre la anexión rusa de Crimea en 1783. La guerra ruso-turca había durado seis años (entre 1768 y 1774) y tuvo como resultado una victoria rusa. En la paz firmada, los turcos reconocieron la independencia del Kanato de Crimea, una forma elegante de dejarlo en manos de Rusia. La incipiente guerra civil ucraniana entre los pro-rusos y los pro-otomanos dio a Rusia la excusa perfecta para intervenir y anexar Crimea. El mérito de esa delicada estrategia fue recolectado con justicia por Grigori Potemkin, el Gobernador General de las Nuevas Provincias del Sur de Rusia (desde 1775).

Algo menos se ha escrito sobre la relación entre Catalina y Potemkin. Cuando se conocieron, Catalina tenía treinta y tres años. Él tenía diez años menos, pero impresionó a la flamante emperatriz con su sólida formación cultural. Encantados, se volvieron amantes apasionados y duraderos. Potemkin pasó de ser un simple subteniente a recibir el título de príncipe. De la mano de Catalina, su importancia institucional creció hasta convertirse por décadas en su mano derecha y en uno de los sostenes fundamentales del Imperio Ruso.

Sin dudas, menos se ha escrito sobre Potemkin. Después de todo, su permanencia en los libros de historia se debe en buena parte a su relación de intimidad con Catalina. Estudió idiomas y teología. Se sumó al ejército a los once años, siguiendo una tradición de las familias nobles. Tenía dotes de comediante; al parecer, se destacaba su imitación de Catalina. Algunos lo señalan como el funcionario militar más destacado que tuvo la dinastía Romanov durante los trescientos años de su reinado.

Todavía menos se ha escrito sobre el concepto de *Pueblo Potemkin*, una figura metafórica que se utiliza para describir una fachada brillante que tiene por objetivo ocultar una realidad sombría. Su origen se remonta al

accionar del mismo Potemkin en el año 1787. En ese año, Catalina emprendió un viaje histórico a los nuevos dominios del sur de Rusia, junto a su Corte y varios embajadores de pueblos aliados. El objetivo del viaje era familiarizarse con los territorios recién conquistados y brindar un mensaje de apoyo y esperanza a sus habitantes. Y aquí viene lo memorable. Para impresionar a Catalina y a los embajadores, Potemkin realizó todo tipo de mejoras artificiales en aquellos lugares por donde la comitiva debía pasar. En algunas de las aldeas, se plantaron los cimientos de ambiciosas obras de infraestructura que jamás se terminarían, pero que cumplían con la necesidad de ser incipientes y ruidosas. En los hospedajes de la comitiva y las construcciones aledañas, se pintaron las paredes con colores brillantes; a veces, inclusive, con pintura. En las afueras de esos edificios, se crearon canteros y se trajeron plantas del bosque, con énfasis en las floreadas. En aquellas aldeas donde la comitiva no se detenía, se pintaron únicamente los frentes; además, se emprolijaron los pastos, los árboles y los caminos de las entradas. Inclusive, allí donde no había pueblos de paso, se levantaron villas móviles, supuestos nuevos enclaves que se levantaban como parte de la pujante colonización rusa; luego del paso de la comitiva, estas villas se desarmaban y se transportaban rápidamente hacia un nuevo punto del itinerario imperial. Los habitantes más enfermos, problemáticos o protomanos, fueron apartados y contenidos en las afueras. Al mismo tiempo, rusos al servicio de Potemkin fueron infiltrados como falsos pobladores llenos de entusiasmo, esperanza y comentarios positivos sobre la nueva era bajo el mando de la emperatriz.

Pero nada, o algo demasiado parecido, se ha escrito sobre las impresiones de Catalina al arribar a tierra crimeana y encontrarse con los Pueblos Potemkin.

El ingreso oficial a Crimea ocurrió cuando la comitiva llegó a la Muralla de Perekop, también conocida como la Muralla Otomana. Al llegar a ese punto, la caravana se detuvo. Catalina ofreció unas palabras conmemorativas de las batallas recientes, hubo plegarias en homenaje a los mártires y se hizo silencio por unos minutos. Se la vió emocionada y, de hecho, lo estaba.

El itinerario continuó hacia el Sur, rumbo a Simferopol, la capital. La distancia a recorrer era de unos ciento cincuenta kilómetros y la comitiva podía hacerlo con caballos y carretas, sin prisas, en unos cuatro días, a razón de ocho horas por día.

En el camino, comenzaron a aparecer las primeras aldeas por lo menos curiosas. Catalina nunca había visitado estas tierras, la influencia otomana era todavía un misterio y los últimos años la región había padecido todo tipo de conflictos. Por lo tanto, la credulidad tenía márgenes a su favor por sobre cualquier otro tipo de sentimientos hacia esas aldeas en aparente construcción o reconstrucción.

Casi en la mitad del trayecto hacia la capital, Catalina y la comitiva se detuvieron en Hryshyne. Se hospedaron en la residencia más grande de la zona, una especie de finca. El propietario se llamaba Dmitry y los recibió con excesiva cordialidad. Aseguró que se había preparado durante semanas para ese momento. Su acento no era demasiado extraño y la información que tenía sobre la zona era imprecisa. El entusiasmo que emanaba de su cuerpo bien alimentado contrastaba con la tristeza que, desde lejos, proyectaban los demás pobladores de la zona. La estadía allí fue por demás correcta pero incómoda, ya que un tenue nerviosismo flotaba en el ambiente. Luego de pasar la noche allí, los visitantes retomaron su camino hacia la capital.

Finalmente, llegaron a Simferopol. Era el punto de destino de la primera parte del viaje. La ciudad no solo brindaba las comodidades de una capital, incluyendo la residencia oficial, sino que proyectaba un mensaje simbólico de posesión sobre los nuevos territorios. Además, su posición geográfica central y la disposición radial de caminos, desde allí en todas las direcciones, la convertía en una excelente base de operaciones para visitar el resto de la península.

Los primeros días en Simferopol fueron de descanso. La travesía que había partido desde Moscú llevaba varios días y el cansancio acumulado no era poco.

La estadía en la capital no fue menos singular que algunas de las primeras interacciones experimentadas en territorio crimeano. No podía culparse de ello a la residencia oficial, donde había funcionarios oficiales a cargo, el personal estaba entrenado y los protocolos de servicio se ejecutaban con la mayor precisión. Sin embargo, en las afueras de la residencia había terminaciones de lo cotidiano que llamaban la atención. Digamos que se respiraba un cierto aire de irrealidad. De día, las miradas perdidas de pobladores alienados, desdentados, se alternaban con personajes radiantes, elocuentes, que se maravillaban con lo que llamaban el privilegio de poder encontrarse a diario, en la calle, con los miembros de la comitiva

imperial. Al anochecer, desde la ventana, Catalina podía ver las inmediaciones de la residencia iluminadas con calidez, pero un poco más allá la oscuridad parecía eterna.

Catalina podía ser muchas cosas, pero no era ingenua. La prueba más contundente es que gobernaría una gigantesca Rusia en expansión durante casi treinta y cinco años, más de la mitad de su vida. Por eso, a los pocos días de vivir en la capital, no tuvo dudas de que algo no estaba bien. Sabía muy bien que las apariencias, especialmente en su mundo, podían divergir de la realidad. Y que si esa brecha se ampliaba demasiado, entonces se entraba en el peligroso terreno de las fracturas, los derrumbes y el colapso.

Como emperatriz, Catalina comprendía con mucha claridad que las sofisticadas tradiciones, simbolismos y rituales de la Corona tenían una única finalidad última: el eficaz ejercicio del poder por parte de una persona de carne y hueso. Las grandes mayorías, inclusive algunos nobles, podían creer en las conexiones divinas de la Corona, en la majestuosidad de portar el título de la Grande y en el Imperio Ruso como una realización sobrenatural, autosustentado, todopoderoso. Pero no ella. Caer en esa tentación significaba abrir las puertas del final. Por el contrario, debía darle crédito a toda insinuación de peligro o engaño.

A partir de esa primera sospecha, la filosa mirada de Catalina se posó sobre las inconsistencias y cada vez le fue más fácil comprender que una gran ficción se alzaba frente a sus ojos. Eso para comenzar. Todavía le quedaba confirmar si no se enfrentaba directamente a una traición. A un golpe de palacio.

La primera salida de Simferopol fue a la ciudad de Karasubazar (ahora llamada Belogorsk), la capital anterior. Estaba a unos treinta kilómetros de distancia y en el camino no hubo mayores distracciones. Al entrar a la ciudad, Catalina volvió a tener la profunda sensación de contrastes incongeniados. Muestras varias de súbita renovación se esparcían sin vergüenza sobre una inocultable mole de pesadumbre. La tristeza reinante, de fondo, se proyectaba como irreversible. Por supuesto, las pinceladas de brillo en la tela demasiado negra podían explicarse como la natural consecuencia de un esperable renacer tras el largo período de guerra. De hecho, era la explicación que siempre esgrimía Potemkin, de una forma u otra, para justificar el desastre, pero sobre todo para resaltar los atisbos de esperanza con que intentaba impregnar el ánimo de la comitiva.

Sin embargo, hay muchas formas de interpretar un claroscuro y este, para la emperatriz, era sin dudas de otro tipo.

La residencia oficial de Karasubazar conservaba aún cierta dignidad, aunque se la percibía todavía desacostumbrada al funcionamiento. Al entrar en sus amplios salones, los olores a guardado y a desinfectante se presentaron todavía en batalla. El mobiliario estaba dispuesto de un modo teórico. El antiguo personal de servicio, reincorporado de emergencia, se mostraba temeroso y falto de reflejos. Catalina volvió a sentir que todo se había organizado contrarreloj, pero en esta ocasión le pareció comprensible.

Ya establecida en su cuarto, con cierto tiempo disponible para sí misma, Catalina volvió a reflexionar sobre las anormalidades que había estado presenciando. Ya los primeros razonamientos la condujeron a Potemkin. ¿Por qué hacía esto? ¿Era un esfuerzo noble, un engaño circunstancial o una traición de largo alcance? ¿Iba tal accionar dirigido a ella, a los embajadores o a todos? ¿Hasta qué punto podía seguir confiando en su mano derecha y amante? Como emperatriz de Rusia, no podía permitirse la comodidad de la confianza. Tal vez como descanso, buscó una explicación positiva de los hechos que, en ese punto de la historia, la atormentaban. Postuló — y quiso creer — que Potemkin, su amado, buscaba generar una impresión positiva, tanto ante ella como ante los embajadores. Aunque no aprobara los medios, deseó convencerse de que era buena la iniciativa de abrir una hendidura de luz y esperanza hacia el futuro. Para el pueblo con la visita de la comitiva y para la comitiva con los primeros esbozos de la reconstrucción, aunque fuera ficticia. Supuso que él hubiera deseado compartirle el plan, pero de ese modo ella habría quedado implicada ante los embajadores; es decir, ella lo hubiera rechazado. De algún modo, quiso concluir que su mano derecha se estaba sacrificando, asumiendo el rol de fusible en el caso de que el plan fallara.

Pero no pudo. El accionar de Potemkin era imperdonable. El plan todavía le parecía muy torpe como para ser de su autoría, pero también era cierto que siempre resultaba más difícil reconocer las propias torpezas y las de nuestros amados. La realidad objetiva era que, más allá de las eventuales buenas intenciones, la exposición era ineludible. ¿Qué clase de soberana tiene una mano derecha actuando a sus espaldas y, para colmo, con semejante torpeza?

Envuelta en esos interrogantes, Catalina continuó con el viaje hacia el Este. Los días que siguieron, visitó Sudak, Koktebel, Feodosia (que los

otomanos llamaban Kefe), Berejove y Batal'ne. Atenta a las incongruencias, las fue colectando para completar el rompecabezas de una explicación. Con esas piezas sueltas fue construyendo un sentido imaginario, como quien pinta en la oscuridad entre chispazos de luz, completando los vacíos restantes con la agudeza de su inteligencia. Tras la paciente ejecución de este procedimiento, encontró a Potemkin inocente del pecado de traición, pero no del de torpeza. Su decepción no fue menor por ello.

La comitiva llegó por fin a la ciudad de Kerch, una de las más antiguas de Crimea. Era el destino final de la sub-travesía hacia el Este; de hecho, era el punto poblado más oriental de la península. Estuvieron allí varios días. La ceremonia principal tuvo lugar frente al Fuerte de Yeni-Kale, también construido por los otomanos. La vista hacia la Bahía de Taman era imponente. Al otro lado, podía verse el territorio aún ocupado por los otomanos. Con ese escenario a sus espaldas, Catalina volvió a homenajear a los caídos y buscó impresionar a los presentes, tanto locales como embajadores, con grandes palabras sobre la nueva gran Rusia que ya estaba en marcha.

De regreso en Kerch, Catalina dedicó los días de descanso a caminar de incógnito por la ciudad. Comunicó la decisión a Potemkin con pretendida ingenuidad. Con inocultable nerviosismo, su mano derecha buscó desalentarla con interminables objeciones disfrazadas de protección. El peligro de la exposición, los opositores, los posibles infiltrados otomanos. La emperatriz sonrió para sus adentros y desestimó las recomendaciones.

Las caminatas de Catalina comenzaban a media mañana, cuando la mayoría de la gente ya estaba en la calle. Si bien salía sola, con ropajes plebeyos, a prudente distancia dos miembros de la guardia personal la vigilaban con su consentimiento para garantizar que no hubiera imprevistos. Potemkin no la acompañó ni un solo día, no solo porque tenía asuntos más urgentes que atender, sino porque ella se lo había prohibido expresamente.

Por las calles soleadas de Kerch, Catalina pudo reconocer las peculiaridades que daban a la ciudad un cierto sabor mediterráneo. Quizás se debía a los colonos griegos que la habían fundado en tiempos de Jenofonte con el nombre de Panticapea o, con mayor probabilidad, a la influencia de los genoveses que controlaban el área antes de la llegada de los otomanos. Más importante todavía, a efectos de sus necesidades

inmediatas, la emperatriz pudo reconocer a un hombre que ya había visto en al menos dos ocasiones del trayecto, con algunos cambios de apariencia, haciendo el papel de local entusiasta. Con discreción, se detuvo e indicó a sus guardias que se acercaran. Les señaló al hombre en cuestión y les ordenó capturarlo en el transcurso del día. También les indicó que al día siguiente, a esa misma hora, debían conducirla a un lugar de máxima privacidad para interrogar al capturado poblador de múltiples ciudades. Debían arbitrarse los medios necesarios para que ella pudiera obtener las respuestas que buscaba.

La noche pasó y, en efecto, Catalina fue conducida a una pequeña casa en las afueras de la ciudad. Entró. El hombre permanecía atado a una silla. Había sido golpeado y temblaba de pavor. Respondió con pasión cada una de las preguntas de la emperatriz y, luego de cada respuesta, rogó por piedad. La emperatriz prometió perdonarle la vida bajo la condición de que regresara a cumplir su papel actoral sin que nadie se anoticiara de lo que acababa de ocurrir. A juzgar por la rutinaria continuidad de la fantasía, el hombre cumplió con su palabra.

Con sus teorías confirmadas, la preocupación de Catalina se movió hacia los embajadores. ¿Se habían dado cuenta, como ella, de la teatralización de la vida crimeana? En ese caso, ¿cuáles serían las consecuencias? Si la consideraban parte del engaño, ¿se sentirían también engañados? Si no, ¿la considerarían una incapaz por haber sido tanto o más engañada que ellos?

Catalina estaba decidida a contestar esas preguntas. Suspendió las caminatas por la ciudad y limitó los encuentros sociales a pasar tiempo con los embajadores. De muchas maneras, sutiles y oblicuas, los condujo a una única pregunta: ¿qué hubieran hecho ellos, siendo emperadores, de haberse sentido engañados por un embajador? La respuesta fue unánime, natural y primitiva: lo hubieran ejecutado. La naturalidad en las respuestas, pero sobre todo la falta de sofisticación diplomática en las mismas, le dio cierta tranquilidad a la emperatriz. Creyó con ello asegurarse de que los embajadores no eran parte del complot. ¿Pero estaban al tanto del engaño? ¿Buscaban una fractura definitiva entre ella y Potemkin?

Ya más calmada, Catalina retomó las caminatas por la ciudad, pero esta vez junto a los embajadores. De a uno, los interrogó sobre sus impresiones de la ciudad. Los inquirió sobre si las nuevas obras no eran demasiado audaces, si esa pintura siempre fresca no era vergonzosa o si los

pobladores no eran harto variopintos. Ninguno parecía encontrar algo especial digno de mención. O tal vez, por ser extranjeros, era la totalidad la que les resultaba extraño. Aquello que a Catalina le parecía bochornosamente llamativo se perdía para ellos en un mar de llamatividad.

Ya no quedaban demasiadas opciones. O los embajadores eran demasiado elementales como para detectar las anomalías o eran los suficientemente astutos como para comprender, tras haberse percatado de las mismas, que ella estaba buscando culpables para hacerlos pagar. Ambas posibilidades la tranquilizaban.

A Catalina solo le quedaba resolver si enfrentaría o no a Potemkin. Quería hacerlo. Estaba despechada. Su deseo más ferviente hubiera sido convocarlo en su despacho de la residencia, antes de partir hacia el Sur crimeano. La conversación sería la de dos personalidades de Estado. Ella se mantendría de pie y le ordenaría reciprocidad. El amor que los unía quedaría a un lado. Enfurecida, lo conminaría a escuchar muy bien lo que iba a decirle, porque lo diría una sola vez. Le diría que lo sabía todo. Le señalaría el peligro al que “su interminable estupidez, solo comparable a la extensión de Siberia” los había expuesto. Le haría saber que, en consecuencia, “no había más remedio que seguir adelante con el pordiosero circo que había montado, con él como payaso principal de la obra”, pero que sería “sin agregar ni quitar ni un mediocre número”. El engaño continuaría con la misma “penosa implementación, digna del peor de los siervos de toda Rusia”, de modo que los eventuales cambios no produjeran “todavía más merecidos cuestionamientos”. Ella continuaría jugando “su juego infantil” con el único propósito de “proteger la gloriosa Historia Rusa de sus humillantes intervenciones”. La emperatriz daría por terminada la reprimenda, señalaría la puerta con un dedo feroz y, dando media vuelta, le daría la espalda a su mano derecha, tal vez para siempre. Potemkin bajaría la cabeza, daría su propia media vuelta y se marcharía.

Sin embargo, nada de eso ocurrió. Catalina no permitió que sus deseos más personales se interpusieran en el camino de lo más conveniente para Rusia. Cualquier reprimenda sobre Potemkin hubiera corrido el riesgo de alterar la frágil organización del espectáculo y, con ello, provocar un desplome de consecuencias imprevisibles.

Aunque sin aleccionar a Potemkin, Catalina decidió seguir el curso de acción que había imaginado. Ya de gira por el Sur, nadie supo que una enorme amargura la invadía por dentro. A pesar de todo, se mostró

maravillada cuando Potemkin le presentó el nuevo puerto de Sebastopol, fundado por él mismo, y le expuso los grandes planes que tenía para esa naciente ciudad que, en su visión, se convertiría en la más importante de Crimea. Además, visitaron Alushta y Yalta. Idéntica farsa acompañó a la comitiva en su regreso a la capital, Simferopol. Y también en la última gira por el Oeste que, luego de visitar Yevpatoriya, Chornomors'ke, Sterehusche y Krasnoperekopsk, los devolvió al mismo punto de entrada, la Muralla de Perekop, ahora convertido en salida de Crimea.

En total, el viaje duró casi seis meses. Durante ese tiempo, las mismas extrañezas sucediéndose con natural regularidad terminaron por convertirse en algo parecido a la normalidad, en especial para los embajadores. Al final del trayecto, lo extraordinario hubiera sido la realidad. Esa que ocurría en el resto de Crimea, fuera de la pequeña burbuja donde se desenvolvía la comitiva.

Ya de regreso en Moscú, Catalina se permitió un regreso genuino a Potemkin, tanto en la intimidad como en la política. Nunca mencionó lo acontecido en Crimea, pero sí se aseguró de que algo como aquello no volviera a suceder nunca, refiriendo apócrifas historias similares que terminaban en desgracia. Como el eficaz animal político que era, Catalina actuó el olvido y se concentró en las interminables oportunidades que veía disponibles en el futuro.

Con el correr de los meses, la historia de los pueblos de Potemkin fue creciendo en las tertulias de la nobleza zarista. Catalina y Potemkin la negaron hasta sus últimos días. La historia se expandió como las fronteras del Imperio y se fue deformando de boca en boca hasta el punto de volverse irreconocible en las minucias. Pero la esencia se mantuvo lo suficientemente fuerte como para llegar hasta el día de hoy.

En la actualidad, personas de las más variadas condiciones hablan de falsificaciones, de engaños y de embaucadores, etiquetándolos con el adjetivo de Potemkin. En el ámbito judicial, se dice que “las declaraciones juradas son el Pueblo Potemkin de la creciente litigiosidad”. En el ámbito ecológico, se denuncia que “las talas extensas se aíslan del escrutinio público con un bosque de Potemkin, esto es, una delgada ilusión de bosque de unos seis árboles de profundidad”. En el Viejo Oeste estadounidense, se llamaba “frente Potemkin a la falsa cara del pueblo que se usaba para crear la ilusión de riqueza en la nueva ciudad fronteriza”. A los pintorescos

pueblos contruidos con fines turísticos, se los llama “plazas comerciales de Potemkin”.

En todos los casos, las definiciones dan por sentado el efecto unilateral del fenómeno y archivan el asunto. Nadie contempla en el balance la intencional ingenuidad de los supuestos estafados. Nadie se pregunta si estos, por mera comodidad, compasión o provecho, eligen a conciencia creer en lo que ven. Nadie se acuerda, en una palabra, de los *catalinos*.

Por una mínima distancia de tres mil palabras, casi se pierde en las curvas de la historia el comportamiento de Catalina, esto es, cómo le opuso la fachada de su credulidad a la fachada de los pueblos que Potemkin había levantado. Casi se olvida que los engaños, por pura y calculada conveniencia, aquella vez se espejaron.

Por fin, el fin

Cómo contactarme

- Web. Versiones digitales de mis libros, descargables en forma gratuita.
jmguerrera.com.ar
- Blog. Los relatos de este libro, traducciones y más, listos para compartir.
medium.com/@jmguerrera
- Email. Para escribirme y contarme qué te pareció el libro.
jmguerrera@gmail.com
- Instagram. De vez en cuando hago sorteos de libros.
[@jmguerrera](https://www.instagram.com/jmguerrera)
- WhatsApp.
[+54 9 11 2283 9356](https://wa.me/5491122839356)

Podés ayudarme mucho si

- Me escribís y me contás con total honestidad qué te pareció el libro. Sin dudas, tanto las críticas positivas como negativas me ayudarán a mejorar en el futuro. Los puntos que siguen son solo relevantes si el libro te gustó.
- Contribuís con este «libro a la gorra» (ver página 1).
- Te sumás a la financiación colectiva (*crowdfunding*) de mis próximos libros:
 - - Comprando libros firmados por adelantado.
 - - *Acompañando* algún relato de mis próximos libros. De esta forma, podrás cumplir el siempre postergado sueño de convertirte en un (mini) mecenas. Ejemplos de este formato ya pueden encontrarse en este mismo libro, como notas al pie al final de los primeros dos relatos.
- Hacés circular este libro.
- Me ayudás a repartir mis libros entre tus amigos lectores. Puedo darte un pión.
- Compartís en redes sociales:
 - - Tus cuentos favoritos. Los encontrarás publicados en mi blog, ¡googlealos!
 - - Una foto del libro.
- Dejás una crítica del libro en plataformas como GoodReads.
- Me ponés en contacto con alguna editorial a la que pueda interesarle publicar este libro, los anteriores o los próximos.

- Me ayudás a revisar/corregir mis próximos libros.
- Me ayudás a traducir los relatos a tu idioma.

Otros libros de mi autoría

1. *Punto Rosalía.*
 2. *Una aventura miserable.*
 3. *Esto no va a ser fácil.*
 4. *Sucesión de despertares en una ciudad desconocida.*
 5. *La maldad imperceptible.* Selección.
 6. *Libro del futuro.*
 7. *La ansiedad detrás de todo.*
 8. *Los malditos genios.* Selección.
 9. *Expulsado del País de los Lectores.*
 10. *Demasiado ruido en la mañana.* Selección.
 11. *Entrada digna a los mares del Sur*
 12. *Viaje de regreso a las postales.* Selección temática (viajes). Se publicará en 2023.
 13. Libro nuevo, se publicará en 2023.
- Pueden descargarse gratis en mi Web.

Agradecimientos de esta edición

*«Agradece a la llama su luz,
pero no olvides al pie del candil que, constante y paciente, la sostiene en la
sombra.»*

Rabindranath Tagore

A los lectores, por su apoyo.

A mi hermana Mer, por su revisión de todos los textos, pero también por ayudarme a buscar la profundidad que podía haber en ellos. Admiro en ella su honestidad y coraje para enfrentarse a la verdad, comenzando por la

suya. Recomiendo su blog *Última estación: fideos con queso* y sus libros de cuentos.

A mi amigo Mariano, por su ayuda en todas las cuestiones relacionadas al diseño visual del libro. Su humildad y generosidad son admirables.

A Oto, Gaby, Gabriel, Silvina, Luca y Mariana, por ayudarme en diversos frentes de este libro.

A quienes me ayudaron a traducir algunos de los escritos a otros idiomas. Esas traducciones están disponibles en mi blog.

A mi amigo Gonza, quien me apoya con su poco serio asesoramiento y su vino de gran calidad. A mi amiga Ceci, también.

A mis viejos, los incondicionales.

A todos los que me ayudaron en el proceso de creación del libro.

A quienes todavía no me ayudaron, pero que pronto lo harán.

Ilustración de tapa

El autor de la maravillosa ilustración de tapa es Mariano Jofré. A Mariano le gusta dibujar y pintar. Su cuenta de Instagram es @jofremariano

Breve biografía

«...no hay desnudez más genuina y terrible que la expresión artística, si es auténtica; toda obra de arte es una autobiografía, no en el sentido literal de la palabra, sino en el sentido más profundo y grave: un árbol de Van Gogh es Van Gogh, es su propia y desnuda alma ante nosotros.»

Ernesto Sabato

Si Sabato está en lo cierto, podrán conocerme más leyendo los cuentos de este libro que las pocas líneas que siguen. Aun así, voy a escribirlas, porque mis consejeros más comprometidos insistieron con que “me deje de joder con Sabato y Van Gogh, la gente quiere datos concretos”.

Siempre escribí. Primero, lo hice muy informalmente, con humildes fotocopias, luego en un periódico barrial y más tarde en un par de blogs. Entre 2016 y 2022, publiqué once libros (ocho originales y tres selecciones).

Nunca participé de un taller literario. Eso quizás explique el resultado de este libro, sea cual sea. No es que me oponga a hacerlo, todo lo contrario, pero siempre que dispongo de tiempo para la literatura, prefiero dedicarlo a escribir o a leer.

Tampoco me opongo a publicar con una editorial, pero el trabajo de encontrar una es un proyecto en sí mismo, por lo general arduo y poco relacionado a la literatura. Por suerte, o por determinación, existen caminos alternativos.

Al comienzo, solía participar de concursos literarios. Pero ya no lo hago, por varias razones, como lo tedioso de los procesos de participación y mi desconfianza instintiva e injustificada hacia los jurados.

Por eso, o porque no soy tan bueno, no he ganado premios ni reconocimientos por el estilo. Eso no me resulta importante, pero son cosas que suelen mencionarse en las biografías.

No vivo de la literatura. Eso me facilita escribir y publicar con una enorme libertad, sin ningún tipo de condicionamiento.

Ahora sí, los datos concretos. Nací en Palermo, Buenos Aires. Crecí en el conurbano, en San Andrés, mi barrio. Allí fui parte del Colegio Agustiniano, del Club Tres de Febrero (donde me recibí de Guardavidas), de la Biblioteca Diego Pombo y de la agrupación Vecinos de San Andrés. Más tarde me recibí de Ingeniero en Informática (UBA). En paralelo, aprobé el primer año de Ciencias Políticas (UBA). Ya recibido, fundé una pequeña empresa junto a mi amigo Mariano, Drupal Soul. Durante los últimos años, pude hacer muchos viajes en Latinoamérica, Europa, Asia y Norteamérica. Y también estuve aprendiendo a bailar tango.

Por último, lo más importante: estoy muy feliz de escribir, publicar y compartir este libro con ustedes.

Licencia de Cultura Libre

Algo destacable de esta edición es que se publica bajo una Licencia Creative Commons muy abierta que califica como «Licencia de Cultura Libre». Esto significa que, bajo los términos de esa licencia, por ejemplo, este libro puede ser fotocopiado o editado libremente, inclusive con propósitos comerciales.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - CompartirIgual 4.0 Internacional. ¡Esta es una Licencia de Cultura Libre!

Burocracia

Uno de los aspectos positivos de la auto-publicación es que puede darse a la burocracia el lugar que se merece: el peor de todos. Que no es el final, sino justo antes.

Primera edición impresa. Editado por Juan Manuel Guerrero en San Andrés, Buenos Aires, Argentina, durante noviembre de 2022. Impreso en Argentina. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Si ya terminaste de leer el libro, por favor pasalo. Yo me comprometo a seguir imprimiendo ejemplares hasta El Último Día, todos los que pueda, para que alguno de ellos vuelva a llegarte.

Notas

[←1]

“De su boca, salen hachones y centellas de fuego. De sus narices, sale humo, como de un caldero que hierve. Su aliento de llamarada enciende los carbones.”

[←2]

En parte, podés leer este relato gracias a Febo, quien *acompañándolo* contribuyó a financiar la impresión de este libro. Si querés acompañar un relato de mis próximos libros, buscá más información al final, en la sección *Cómo colaborar*.